

EL SILABARIO DE LA ESCUELA DIVINA

DE

Francisca Javiera del Valle

**Prólogo, edición y notas de
CASILDA ORDÓÑEZ**

PROLOGO

Los manuscritos de Francisca del Valle que tratan del Silabario de la Escuela Divina, son una intrincada y enmarañada selva. Por una parte nos encontramos con dificultades de lectura; no porque la letra de Francisca sea difícil, sino por sus incorrecciones ortográficas (palabras juntas, puntuación inconveniente, etc.) En segundo lugar porque repite manuscritos con las mismas e idénticas partes, algunas con variantes más o menos importantes, como si hubiera intentado hacer varias copias del tema o como si olvidada de lo que hubiera escrito, volviera sobre lo mismo. Y en tercer lugar, porque hay trozos en que vuelve a repetir párrafos enteros de su Decenario o de las notas autobiográficas publicadas por el Padre Marcelino González, en El Libro de Su Vida.

He intentado superar todas estas dificultades, ordenar en lo posible los escritos y componer un índice lógico, excluyendo las partes que consideraba eran una fiel reproducción de las publicadas, respetando las variantes interesantes que aparecieran sobre un mismo párrafo, haciéndolo así constar.

Mi trabajo hubiera sido mucho más difícil, si no hubiera contado con unas fieles transcripciones mecanografiadas de los manuscritos de Francisca (y puedo asegurar que son fieles, porque las he cotejado con los textos originales) que se me entregaron, junto con los manuscritos de Francisca y que son obra de anónimos Padres de la Compañía de Jesús, a quienes rindo agradecimiento.

Así pues, ordenado el Silabario en la forma que indico, consta de una oración-dedicatoria, una Introducción, en la que explica lo que es el Silabario y la Escuela Divina y después el Silabario propiamente dicho, dividido en dos partes: La primera en la que expone una serie de Consideraciones sobre lo que constituye el a b c de la vida interior y la segunda o ejercitaciones prácticas de dichas Consideraciones.

C. ORDOÑEZ FERRER

ORACION - DEDICATORIA

A Vos Maestro mío inolvidable, dedico este pequeño libro llamado Silabario de la Escuela Divina, y al dedicárosle, no hago otra cosa que devolveros por este medio lo que Vos mismo me habéis dado, para fines de vuestra gloria; y cuando recuerdo lo feliz que he llegado a ser con su práctica, me siento movida a dejárselo como recuerdo a las criaturas que más aprecio y estimo, y a las que después de la Santísima Trinidad, de Jesús Sacramentado y de mi dulcísima y amantísima Madre la Virgen María, más amo sobre la tierra; éstas son todas aquellas que con entera voluntad quieran servir a Dios, cueste lo que costare. Maestro mío inolvidable, mueve con tu gracia las voluntades de todos, para que prácticamente todos, sepamos la grande dicha que es teneros a Vos por Maestro, en esta Escuela Divina y practicando lo que el Silabario enseña, consigamos la verdadera felicidad temporal y eterna. Así sea.



Primera parte:

SILABARIO

EL SILABARIO DE LA ESCUELA DIVINA

Os voy a hablar del silabario que se da en esta escuela, que no es otro que la práctica de la vida interior; y así como, bien aprendido el silabario que de niños dábamos en la escuela, nos ha sido siempre cosa fácil el saber leer, con perfección, en cualquier otro libro, así con este Silabario, puesto en práctica cuanto en él se encierra, se llega a conseguir la santificación de nuestras almas. Carrera la más brillante que podemos emprender y adquirir en esta vida. Todas las carreras tienen su fin, porque todas acaban y terminan cuando acaba y termina el hombre, al venir la muerte, mas esta nuestra brillante carrera ha de existir con toda su brillantez, mientras exista Dios, que no tiene fin.

Yó me había propuesto deciros todo cuanto hay que practicar, en esta Escuela Divina, pero hay tanto ... tanto ..., que decir, que me darían la salida de esta vida para la otra, y no habría concluído de deciros lo que hay; así que, convencida por la propia experiencia de que lo que nos hace falta para conseguir la santificación de nuestra alma, es aprender bien este Silabario, y hacer lo mejor que debemos y sepamos todo cuanto en él se encierra, no os digo más; porque por la propia experiencia habéis de saber todo cuanto yo os habría de decir, y ¿no recordáis como, los que éramos discípulos del mismo maestro, nos conocíamos, cuando íbamos a la escuela?, pues también en esta Escuela Divina nos conoceremos todos, nada más vernos hacer las cosas que pertenecen al servicio del Señor; y con un poco tratarse, ya saben donde llegan, y si adelantan o atrasan, y si lo que ve hacer o decir, es instrucción de su maestro o es de otro que no es El; porque todos saben el modo que tiene de enseñar, por eso nada más verse y un poco tratarse, saben si son o no son discípulos de la mis-

ma escuela; esto os lo digo para que no os dé pena el que no os hable de lo prometido al principio, y sólo me concretaré a hablaros del Silabario; y creed que esto os basta, porque si le aprendéis y en práctica le ponéis, estad seguros que lograréis la santificación de vuestra alma.

PRIMERA LETRA DEL SILABARIO:

LA SENCILLEZ DEL CORAZON

Esta virtud es como inseparable del candor y de la pureza. Donde hay esta virtud, con ella está el candor y la pureza; y son tan necesarias estas virtudes, que sin ellas no se puede llegar a unirse el alma a su Dios, porque no el alma hace esta unión, sino Dios; y Dios no se une al alma que no tenga estas virtudes. Nos enseña nuestro inolvidable Maestro que Dios no se apasiona por nadie, que la pasión tiene su principio en la imperfección; y el imposible de Dios, es el cometer o tener imperfección alguna. Nos enseña que estas tres virtudes en el corazón, donde están de asiento, le son a Dios como el imán. El imán atrae y estas virtudes atraen a Dios al corazón de quien las tiene. Un testimonio nos da de esta virtud y de cómo Dios no es apasionado, que por ser lección e instrucción de nuestro inolvidable Maestro, os la voy a decir. Enseñanos nuestro Maestro que cuando la infinita sabiduría trazó y delineó los caminos por donde El había de levantar al hombre de su caída con inmensas ventajas, como lo trazado y delineado era hacerse El hombre y vivir entre los hombres, desconocido de todos, era necesario descender al seno de una de las criaturas descendientes de Adán, para elegir la que había de ser, miró a todas las descendientes de nuestra raza, y entre todas halló a una niña que superó a todas las demás, en la fuerza que le hizo la sencillez, pureza y candor de esta criatura; y en ella puso sus ojos para que fuera el medio de que Dios se habría de valer para unir las dos naturalezas y vivir entre los hombres, desconocido de los hombres. Y nos enseña que si otra, a ésta, hubiera superado en sencillez del corazón,

aquélla y no ésta habría sido la Madre del Hombre-Dios. ¡Oh sencillez bendita, cuán pocas conocen lo que vales! ¡Tú eres un tesoro que el mundo no aprecia y estima! ¡Oh, cómo va a hacer de tí aprecio ni estima el mundo, si al que te tiene y posee le desprecia y le llama tonto y necio...! ¡Oh, por esto son pocos los que se esfuerzan en adquirirte y conservarte si te tienen! ¡Oh, contigo se alcanza lo que más vale, porque en tí se anidan los puros y castos amores del Dios hecho Hombre, porque donde tu habitas, allí Dios mora! Tú eres a los ojos de Dios, como un manantial de aguas puras y cristalinas, la más a propósito para hacer una fuente sellada y la tierra más a propósito para plantar y hacer un huerto cerrado, donde habite, more y descanse el Amor de los Amores. ¡Oh, pongamos en ella nuestros ojos y no cesemos de trabajar para adquirirla! Esta virtud, quien natural no la tenga, se adquiere como se adquieren todas las demás; esta virtud se adquiere hablando y obrando siempre y en todo según verdad; con esto se adquiere, y no hay otro modo de adquirirla, sólo éste; así nos lo enseña nuestro sapientísimo Maestro. Pues, adquirirla cuanto antes todas, pero en especial las que a lograr la santificación de su alma aspiran, porque sin ella la santidad no se consigue, y pues buscamos a Dios y a El por amor podemos unirnos, esta virtud es el imán con que se le atrae, este es el nido que le hemos de preparar en nuestro corazón, para que en él se miren sus puros y castos amores; y anidadas en él, con él vivamos como tórtola en el desierto y como paloma en el palomar, anidada en su nido, manifestando a Dios los puros y castos arrullos de nuestro corazón, todos dirigidos y encaminados al Amor de nuestros Amores. Esto adquirido, y fieles nosotros a su amor hasta la muerte, es cierto que seremos llamados con El a sus desposorios y más tarde seremos admitidos al celebramiento de sus bodas, cuya celebración dura por los siglos sin fin. ¡Oh virtud bendita, quién me diera el consuelo de verte codiciada y tenida en el aprecio y estima que tu vales...! ¡Oh mundo, que sin descanso buscas lo que nada vale y desprecias los grandes tesoros! Tú que tienes por tontos e ignorantes a los sencillos, que atesoran en sí la verdadera riqueza ¿por qué te tendremos a tí, mundo embustero, tonto de primer orden, que pasas el tiempo que te ha sido dado para atesorar, y tu como las niñas sin razón, buscas lo que nada vale y no valiendo nada lo que buscas (1) añades un trabajo sin descanso, para adquirir lo que nada te ha de valer? Y con ello te hallas tan contento y tienes

(1) Los espacios en blanco señalan "lectura ilegible" del manuscrito.

por tontos a los sencillos. ¡Oh mundo, si yo por dar la vida en los mayores tormentos alcanzara un rayo de luz divina de aquel Dios tres veces santo, para que vieras y conocieras la verdad que no conoces!... ¡Oh, por cuán feliz yo me tendría...! Porque mi mayor pena en esta vida, es verte seguir en pos de lo que nada es verdad y caminando a tu fin último, con cosa alguna de valor te preparas. ¡Qué pena me causa verte enriquecido y tan pobre en riquezas verdaderas! Redentor Divino, que tan voluntariamente te abrazaste con una muerte tan cruel y afrentosa por darnos a todos vida, ruégoo, Señor, por esas entrañas tan de misericordia que tenéis, no permitas que tantos hombres pierdan su último fin; descienda sobre ellos tu santo y divino Espíritu, que les haga ver y conocer su extravío; y trabajen antes de su muerte por lograr su último fin. Trae a todos al seno de tu Santa Iglesia para que de todos seas alabado, ensalzado, bendito y glorificado por los siglos sin fin. Amén.

SEGUNDA LETRA DE ESTE SILABARIO DIVINO:

SANTO TEMOR DE DIOS

Enséñanos nuestro inolvidable Maestro a servir a Dios nuestro dueño y Señor, con santo temor; porque yo os hablo con verdad y os digo que tenía mucho temor de Dios, pero un temor equivocado; porque yo todo el temor que a Dios tenía era de que me castigara y esto no es el temor santo y más perfecto con que Dios debe ser servido; el temor que nuestro Maestro quiere que tengamos y nos enseña a tenerle, es que tengamos temor de ofenderle con pecados y disgustarlo con faltas e imperfecciones, a sabiendas cometidas; porque sin nosotros saberlas ni conocerlas, hacemos muchas, pero muchas; mas de éstas no se da nuestro dueño y Señor por resentido, de estas faltas, porque sabe y conoce mejor que nosotros cómo es nuestra pobre naturaleza; siempre que nuestra voluntad, a sabiendas, no tome parte en ello, nuestro Dios no se da por resentido; y para evitar estas faltas y estas imperfecciones nos aconseja que hagamos todas las cosas que pertenecen

al servicio de nuestro Dios , lo mejor que podamos y lo mejor que sepamos, sin faltas e imperfecciones a sabiendas cometidas; y nos enseña a que cuando hacemos las cosas que pertenecen a su servicio, pongamos en ellas nuestro corazón y nuestros ojos, para que las hagamos con toda la perfección que nos sea posible; para que todo lo hagamos con santo temor; porque el santo temor que nosotros debemos tener a nuestro Dios, no es el temor al castigo que justamente nos imponga por nuestras faltas y por nuestras imperfecciones y pecados; ¡no! el temor santo que le debemos tener y con el que siempre le hemos de servir es el temer disgustarle sólo por ser quien es, aunque no nos impusiera por ello ningún castigo, pero a este santo temor también nos dice nuestro inolvidable Maestro, que cuando no hay amor, no hay empeño para adquirir este santo temor; todo es amor servil y aun éste no le sabemos adquirir con perfección, porque el temor servil no es temor al castigo sólo; sino cuando unido a este temor del castigo va unido el temor de perder a Dios y su gracia, y con ella el cielo, que nos está prometido; esto es el amor servil perfecto; mas sólo temer el castigo que Dios nos imponga por nuestros pecados, faltas e imperfecciones, no es ni amor perfecto, ni amor servil; sólo es una manifestación que damos que si no fuera por el castigo, nos importaba poco el ofender a Dios, y que si Dios en libertad nos dejara, para elegir, muchos habrían de elegir el quedarse para siempre en su triste destierro, sin tener deseo de morir, para ir al reino de los cielos; esto es lo que demostramos cuando sólo tememos el castigo.

¡Oh, y a este rasgo tan infinito, de su infinita Bondad, el habernos criado sólo para gozar de El y estar con El por los siglos sin fin, qué ingratitud la nuestra ...! ¡Manifestada con sentimientos ruines, con deseos y con obras... ¡Oh!, recordando este nuestro modo de proceder, es como se comprende el cómo a muchos les cuesta tanto el salir de este triste destierro, donde hay tantas calamidades, tantos sinsabores, tantas penalidades, y tanto como hay en esta vida que sufrir, y ésto aunque sean poderosos, porque del sufrir, como de la muerte, ningún hijo de Adán se escapa, si no es de una manera, es de otra; todos, todos sufrimos y, sin embargo, qué afición a esta vida presente, y qué desgarramiento del alma y del corazón sienten, cuando recuerdan que la tienen que dejar, y el dolor tan profundo que sienten muchos cuando la muerte viene; pues, Dios mío, qué es esto que hay en nosotros ¿es locura o es tontera?... Estamos desterrados, y en este destierro todo es padecer y sufrir, porque hasta las alegrías propias de esta vida ¡entre cuántos sinsabores vienen envueltas! Al salir de

este mundo, no es el querer de Dios darnos otro destierro, no; el querer de nuestro Padre celestial es de darnos la dicha y felicidad que El en sí mismo tiene; que ya en su reinado tengamos parte y gocemos de sus riquezas y gloria, como hijos de adopción, dicha sin igual alcanzada y merecida por los méritos de nuestro divino Redentor, al llegar a aquella Patria querida y entrar en aquella verdadera casa paterna donde nos está ya, como esperando tanta dicha... tanta felicidad... en aquella vida verdadera donde todo es gozar... nada sufrir... porque allí no puede entrar el dolor, ni las penas, ni las amarguras... ni la pobreza, ni escasez, allí no hay más que una bienaventuranza, que no se puede ninguna criatura ni siquiera imaginar lo que es aquello que nos está preparado, desde toda la eternidad por un tan amante Padre como lo es Dios para nosotros; allí no hay muerte que dé fin a tanto gozo, porque allí existe y vive aquel ser que siempre fue vida y siempre lo ha de ser, porque es su naturaleza vida que siempre vivió, y así como no tuvo principio esta vida, tampoco puede tener fin; pues a esto, a vivir de esta vida y a gozar de ella, es a lo que estamos destinados al concluirse este nuestro destierro; pues ¿por qué tanto retrainimiento de Dios, y tanta pena al salir de esta vida para pasar a la otra, con el cambio tan ventajoso...? Aquí todo padecer; allí todo gozar; pues ¿qué hay en nosotros para tanto temer? ¿Qué idea tenemos de Dios, qué es lo que de El nos hemos figurado...? ¿Tenemos fe? Creamos firmemente lo que ella nos enseña y obramos en todo según ella, y si obramos en todo según ella nos enseña ¿qué razón hay para tanto sentir la salida de esta vida, y tanto temer la llegada a la otra? ¡Oh! todos estos temores que tenemos, de salir de esta vida para ir a la que no ha de durar por los siglos sin fin, todo tiene su raíz y su principio en no haber tenido el Santo temor de Dios; y como en vida no tuvieron este santo temor, de aquí ese gran temor que se siente a la hora de la muerte; así nos lo dice nuestro inolvidable Maestro, y también nos dice que el que ha tenido en vida este santo temor, al salir de ella, es preciosa su muerte a los ojos de Dios; pues a tiempo estamos los que en la vida todavía vivimos; pero muy especialmente todos aquellos que a la santidad aspiran; y digamos a Dios con todo el amor de nuestro corazón y con todas las veras de nuestra alma que nos envíe mil y mil muertes antes que a sabiendas cometamos un pecado, falta o imperfección; que no queremos ya más pecar, ni desagradarle, y nos dé esta gracia que con todas las veras de nuestra alma le pedimos, y que nos la conserve hasta el último instante de nuestra vida; y esta petición sea la única que le pidamos para nosotros, porque teniendo este santo temor, que es el único que debe-

mos tener en lo que se refiere a Dios, seguros estamos de no perder la gracia, de querer en el amor, puro, casto, desinteresado con que siempre hemos de amar, a Aquél que es y siempre debe ser para nosotros la luz de nuestros ojos, el suspiro de nuestro corazón, la vida de nuestra vida, el alma de nuestra alma y el todo de nuestro ser. Con este santo temor, conservaremos siempre con hermosa lozanía todas las virtudes, flores las más preciosas de este jardín cerrado, plantado por el Espíritu Santo, en el centro de nuestra alma para recreo de nuestro amado, y placer, contento y gozo de toda la Sma. Trinidad. Con este santo temor, también conservaremos nuestro corazón como una fuente sellada, sin que nadie pueda llevarnos ni un pequeño afecto de nuestro corazón. ¡Oh, temor santo! ¡Oh, con cuánta razón te llaman principio de toda sabiduría! ¡Oh! trabajemos por adquirirle, y así serviremos a Dios como El se merece ser de nosotros servido. ¡Oh, cuando en santo temor se vive, que alegría de espíritu se tiene! ¡Con cuánto regocijo se piensa en la muerte! ¡Cómo se alegra uno pensando en ella! ¡Con qué paz se echa el alma en los brazos de la muerte, sin temores que angustien el corazón! ¡Oh, con qué paz lo deja todo; ésto no se puede comparar con cosa alguna! Oh, Dios mio, mi paz y mi consuelo; infunde en todas tus criaturas tu santo temor, para que de todas seas temido con verdadero temor, y los a tí consagrados, sea este tu santo temor, el único móvil de su alma, y alcancen la gracia que Vos tenéis prometida a los que vivan y mueran con este santo temor; así sea. Amén.

TERCERA LETRA DEL SILABARIO DE ESTA ESCUELA DIVINA:

EL PERFECTO SILENCIO

Nos enseña nuestro sapientísimo Maestro el silencio que los discípulos de esta divina escuela hemos siempre de guardar, nos enseña que el silencio perfecto, es de más aprecio y estima a los ojos de Dios, que nos es a las criaturas el oro y las piedras más preciosas; y que a nosotros esta virtud nos llena de riquezas y méritos y nos conserva

como intactas todas las virtudes, porque ella defiende a todo el jardín delicioso de nuestra alma, donde ha de habitar y morar y descansar el amado de nuestro corazón, de todas las heladas, escarchas y fríos del invierno, que tanto las perjudica; porque son estas flores de natural tan fino y delicado, que cualquiera cosita las marchita y desmerecen mucho a los ojos de nuestro amado; porque el marchitarse las flores de este hermoso jardín, que nada falta de cuanto es necesario para conservarle en toda su lozanía, mucho significa al perfecto parecer de nuestro Dios y Señor, porque, si El siendo quien es, a tantas cosas atiende de las que nos son a nosotros necesarias para nuestra salud y vida, tanto corporal como espiritual... ¿qué razón hay para que nosotros no pongamos los ojos del cuerpo y del alma, las potencias y sentidos en conservar intactas las flores todas de este jardín donde El tiene todas sus complacencias...? Y si le amamos o deseamos amarle de veras, ¿por qué no buscamos con la entereza de nuestra voluntad, el sólo a El complacerle y darle gusto y contento, aunque las criaturas todas se disgusten y descontenten...? ¿De quién somos? ¿No es Dios nuestro Dueño y Señor? ¿No vemos en el mundo cómo cada uno procura dar contento y gusto al amo a quien sirven? ¿No vemos cómo ponen sus ojos en hacer todo cuanto saben ellos que a sus amos agrada y gusta? ¿No les vemos cómo no les importa que todas las criaturas se descontenten con lo que ellos hacen y con su modo de obrar, si con este modo de obrar, tienen a su amo contento y satisfecho, que es lo único que él busca, quiere y pretende con todo lo que hace...? ¿Acaso Dios no se merece siquiera este servicio que a las criaturas se las hace? Pues sin el silencio perfecto, las que a Dios servimos, no tenemos a Dios, ni en el aprecio y estima que debemos, ni hacemos su querer y voluntad, ni le agradecemos lo que El tan liberalmente nos ha dado. ¡Oh virtud del silencio, conocida ... pero no practicada en muchos casos ... y con perfección por muy pocos practicada! Que sepan lo mucho que tu vales y la perfección heroica que en tí se encierra; por eso nuestro sapientísimo Maestro, cuando nos enseña a practicar esta virtud, no nos habla de ella, lo que hace es con aquel saber y poder que tiene, parece que hace un traslado de nuestra alma, y en lugar de estar en este cuerpo en que vive, como si la saca y la lleva a las calles más públicas de Jerusalén, y allí viendo y siguiendo en todos sus pasos a nuestro Adorable Redentor, nos hace fijar sólo en su silencio, para que aprendamos a practicar con perfección esta riquísima virtud; allí, como si es el aire que se respira; así, la multitud de falsas acusaciones, de odio que le manifiestan de mil modos y maneras, los más sensibles para la humana naturaleza

... y nada habla, a todos calla, de ninguno se queja, nada dice: ¡Oh saber infinito y que lección tan admirable nos has dado, y sin ruido de palabra alguna ...! ¡Oh qué bien nos has enseñado esta virtud a practicarla y en qué consiste la práctica perfecta de esta virtud! Que no está en no hablar, ni en callar cuando debemos hablar, está sólo en que cuando nos dicen palabritas así... sueltas, que hieren nuestro amor propio, porque en ellas no hay razón... o se resiente con los que nos hablan o dicen o juzgan, nuestro juicio propio, porque vemos que en lo que nos hablan, o de nosotros dicen, o juzgan no hay verdad, sino falsedad, mentira y engaño; o se ríen de nuestros dichos, o se mofan de nuestros hechos; o nos calumnian o vituperan... al sentir estas heridas, hagamos firmes propósitos de guardar silencio, y postrados ante la presencia de nuestro Dueño y Señor, digámosle con todas las veras de nuestra alma: Amado Redentor mío, practique yo ahora la virtud del silencio por tu amor, como Vos la practicásteis por el mío, tu gracia imploro, pues sabes que yo sin tí nada puedo, y húndase el mundo, antes que hablar y dejar la ocasión que se nos presenta para poder imitar aquel divino modelo.

Y ahora recordemos la hermosa lección recibida en el Tabor, que aunque fue esta ida al Tabor, antes que las amargas de Jerusalén, a mí, postrera me fue enseñada la del Tabor. La lección recibida en el Tabor, es para aprender el riguroso silencio que Jesucristo, nuestro adorable Redentor, nos da con su ejemplo, del riguroso silencio que hemos de tener de los dones que Dios nos dé; era necesario que Jesucristo, nuestro divino Redentor, diera un testimonio a los hombres de su divinidad, antes de su muerte; y de doce personas que le acompañaban a todas partes, sólo lleva para su Transfiguración a tres y a éstos les obliga a guardar, de lo que habían visto, riguroso silencio. ¡Oh, cuánto tenemos que imitar en este ejemplo y enseñanza de Jesucristo, nuestro adorable Redentor...! Era impecable por naturaleza, pues unido estaba a la Divinidad y era Dios, aunque también era hombre; y mirar, cómo oculta las riquezas y tesoros de su Divinidad; rara vez habla de ellos, una sola vez los descubre, y ésto lo hace cuando la gloria de su Padre lo pide. ¡Oh! ¿Y nosotros qué hacemos...? Bien demostramos en todo lo que somos, pobreza y miseria, pues apenas nos quiere sacar de nuestra pobreza y miseria la infinita bondad de Dios, no hay secreto en nosotros, de mil maneras queremos demostrar lo que tenemos. ¡Oh, qué paciencia tiene Dios que tener en este punto...! ¡Oh, en cuánto peligro de perderlo todo estamos, por nuestras imprudencias, vanidad de nuestra vanidad! ¡Oh, si guardáramos el perfecto silencio en todo ...! ¡Oh! ¿De donde nace, sino de nuestra vanidad, el molestar tanto a nues-

tros confesores y cuando no atinan a darnos gusto en todo, decimos que no nos entienden, que no nos dirigen bien, que vamos a consultar con otro...? ¡Oh, cuánto nos reprende este Maestro sapientísimo, este nuestro modo de obrar, que tenemos tan imperfecto y peligroso ... El nos aconseja y manda que busquemos quien nos dirija y gobierne; que con toda sencillez, le demos cuenta de nuestras imperfecciones y faltas para que El nos enseñe a corregirlas y enmendarlas; que le debemos dar cuenta de las tentaciones y peligros que tengamos; y las gracias y dones de Dios los guardemos en nuestro corazón, y no hagamos uso de ello más que aquel, que Dios quiere que hagamos; y guardemos silencio como si nada tuviéramos, aún que nos juzguen por lo que quieran, porque hay muchos secuaces destinados a robar a las almas las riquezas y dones que de Dios han recibido muy liberalmente; y el silencio es medio muy seguro de que no lo han de ser robados; porque Satanás, sin sombra, anda en acecho a ver si descubre en nosotros algún don de Dios, para él mandar en abundancia a sus satélites, que nos los roben, y en su lugar nos pongan el fingimiento y la hipocresía. ¡Oh, qué pena me causa cuando oigo decir de una persona de santa vida lo que Dios la ha dado ...! ¡Oh, en qué peligros la ponen con todo ello ...! ¡Oh, todo el infierno anda en acecho por hacerla un robo de todo cuanto oyen que de ella dicen ...! ¡Oh! a las que de ellos hablan yo les diría: Imprudentes, ¿por qué no imitáis a la Santa Iglesia? ¿No la véis con qué prudencia y discreción obra, en todo cuanto a los dones y gracias de Dios se refiere? ¿No véis en que riguroso silencio todo lo guarda, y en riguroso silencio lo examina? ¿No la véis cómo espera a que Dios manifieste hasta con milagros, si es verdad aquello que dicen? Y vosotros, ¡imprudentes! cuán imprudentemente decís lo que debéis callar. ¡Oh, aquí está el principio y la raíz de lo que se lamenta la Santa Iglesia, el porqué son muchos los llamados y pocos los canonizados! ¿En qué consiste;...? Que hay tan pocos prudentes, que no saben guardar sus riquezas y tenerlas y guardarlas. Con mucho sigilo, para que no os sean robadas de tal innumerable, inmenso número de ladrones como os están siempre acechando, a ver el crítico momento de hacerlos el robo que tanto anhelan. ¡Oh, todo consiste en la vanidad tan arraigada que hay en el corazón humano! Por esa vanidad, no puede guardar silencio el que los dones recibe, y por esta vanidad tampoco guarda silencio quien a estas almas dirige. ¡Oh, qué bien nos demuestra el infinito saber de nuestro Maestro inolvidable, cuando para enseñarnos esta virtud del silencio perfecto nos traslada con todas nuestras potencias a Jerusalén y al Tabor, para que allí del divino modelo aprenda-

mos lo que ninguno otro nos puede enseñar! ¡Con cuánta verdad nos habla, cuando nos dice que esta virtud del perfecto silencio, no la podemos adquirir ni practicar, mientras no muera en nosotros la vanidad, el propio juicio y el amor propio! ¡Oh!, bien podríamos llamar a esta virtud, virtud divina; por dos razones: 1.^a porque la practica y con su práctica, nos la enseña, el divino modelo; 2.^a porque no la podemos esta virtud practicar con perfección, hasta que no digamos como el apóstol San Pablo: "Vivo, pero no vivo yo, es mi divino modelo quien vive en mí". ¡Oh Santo y Divino Espíritu, con tu luz divina ilumina las inteligencias de todos los que de verdad ansían santificar su alma, para que pronto no tengan vida en sí mismas, sino en Dios, viendo lo necesario que ésto les es para practicar con perfección la virtud del silencio, tan necesaria para la perfección y guarda de todas las demás virtudes, pues es la mejor defensa de todas ellas; y lo que tanto anhelan en la vida lo consigan, y les dure después, por los siglos sin fin, amén, amén!

CUARTA LETRA DEL DIVINO SILABARIO:

LA CONFIANZA EN DIOS.

La confianza en Dios que debemos tener todos los hijos de Adán, tal cual la debemos tener, es un acto de amor que a Dios le damos, y es de los que más le glorifican; enséñanos nuestro Maestro inolvidable, que la palabra Dios, con que nombramos al que es tres veces Santo, es palabra que encierra y lleva en sí toda la veneración y respeto con que merece ser tratado y tenido de la humana naturaleza; pero la palabra Padre, con que Dios quiere ser llamado de nosotros, es palabra que El la mira y la recibe como la manifestación mayor que le damos de la mucha confianza que en El tenemos, y quiere que en El tengamos; si el divino Verbo no se hubiera unido a la humana naturaleza, siempre hubiéramos tenido que llamar a la divina naturaleza, Dios nuestro, porque nosotros de Dios siempre hubiéramos sido tratados y mirados, como criaturas suyas; mas, como, cuando cayó el hombre y en su caída se hizo esclavo de Satanás, compadecido de tan-

ta desgracia, el divino Verbo, hijo de Dios Padre, se ofreció este hijo de Dios a hacerse hombre, para levantarnos de nuestra caída y sacarnos de nuestra esclavitud; mas al hacer ésto, El se propuso hacerlo con inmensas ventajas para nosotros, porque El al hacerse hombre se proponía que su Padre no nos mirara como criaturas, sino como hijos de adopción y lo consiguió como El lo deseaba; porque la persona del Padre, al ver a su hijo único hecho hombre, por amor a los hombres y que pendiente de una cruz clamaba a su padre y le pedía nos adoptara por hijos, no se lo negó, la persona del Padre, antes sobreabundantemente, le concedió cuanto para nosotros le había pedido. Y como es su único hijo, el que esta gracia nos alcanzó para nosotros, como este hijo y este Padre, son en naturaleza y en amor una misma y sólo cosa, por ésto gózase tanto nuestro Dios, Dueño y Señor, en que le llamemos Padre, porque el ser llamado por un hijo de Adán Padre, él que es Dueño y Señor de toda la raza humana, le recordamos con este nombre las entrañas de infinita misericordia que tiene Aquél que es su único hijo; y ésto le es tan glorioso que no nos podemos nosotros imaginar siquiera la gloria que le damos a Dios, cuando Padre le llamamos, por la grande e infinita satisfacción que tiene el divino Verbo, en que llamemos a Dios, Padre nuestro, y que Dios nos mire como a hijos, y nos dice nuestro Maestro; mirad por aquí, el grande descontento y pena, si la pudiera tener, que le daríamos cuando de El desconfiamos, porque si verdaderamente creemos que Dios es nuestro Padre, gracia que nos alcanzó nuestro Redentor divino con su pasión y con su muerte ¿cómo es que si ésto creemos, tanto miedo le tenemos y tanto desconfiamos...? Todos tenemos padre natural, le tenemos pero de él nunca desconfiamos, por muchas ofensas que le hayamos hecho, estamos plenamente convencidos que si nuestro padre natural nos ve en un peligro, nos saca de él; y si nos viera en manos de nuestros enemigos, ninguna cosa le detiene de cuantas hemos hecho, si nosotros a él llamamos en nuestro peligro, presuroso corre, todo lo olvida; salvarnos en nuestro peligro es lo único que él tiene presente, no hay cosa que le detenga; el amor que nos tiene a todo se sobrepone; una sola cosa le detendría, y es si le oyera decir de todo corazón y en pleno conocimiento, que nada quiere con su padre, que le detesta y le aborrece; esto sí detiene a un padre por amante que sea de su hijo, porque la ingratitud, al amor, por fuerte que sea, le hiere y le queda paralizado; esto y más que esto hace Dios con nosotros, no tiene comparación el amor de todos los padres juntos, con el que Dios nos tiene a cada uno de nosotros; es la diferencia que existe en estos dos amores, como el día y la noche, que en nada se parecen; pues

siendo esto así, como así es, qué razón hay para que no vivamos confiando en Dios, nuestro Padre celestial, más que en nuestros padres naturales; porque, al fin, nuestros padres naturales, tienen amor, pero les falta el poder, sin el cual no nos pueden salvar, ni defender de los peligros que nos rodean; pero Dios, Padre amantísimo nuestro, de todos los peligros nos quiere salvar; de alma y de cuerpo, y tiene sobrado poder para ello; pero en ésto hace Dios lo que hace nuestro padre natural; que si el hijo se resiste y no quiere que su padre a él se acerque, el padre se resistirá aunque el corazón se le parta de pena por verle en los peligros, y que no quiere que le defienda; ¡Oh Padre amantísimo! si pena pudiérais tener... cuanta pena habríais de sentir, con estos hijos de adopción que siendo lo que sois para nosotros, tanto retraimiento, tantos temores, tantas desconfianzas de Vos, abrigamos en nuestro corazón; sois para nosotros más amable, más cariñoso y amante que todas las madres juntas, y ¡cómo os tememos! Os tememos más que a nuestros padres, cuando les vemos con el palo en la mano para imponernos el castigo; mas ¿no habéis visto lo que hace un padre y una madre en el momento de imponer el castigo? Si la madre o padre son de esos que hay tan cariñosos, y oyen al hijo que clama y llora de todo corazón, promete a su padre o madre que ya no lo volverá hacer, que de verdad se lo promete, al punto su padre o madre baja la mano, deja la vara y no hay más castigo que los buenos consejos; pues ésto y más que esto hace Dios con nosotros; pues ¿por qué tanto temor y desconfianza de Dios...? ¡Qué mal entendemos ésto! Mirad: Si nosotros ponemos nuestros ojos en hacer las cosas como ya sabemos que a Dios le agradan y ponemos mucho cuidado en no hacer cosa alguna, a sabiendas, de las que le ofenden y desagradan, no tengamos ningún temor, porque aunque hagamos muchas faltas e imperfecciones, que esto no lo podemos dejar de hacer así, por ser esto lo único que da nuestra pobre naturaleza, mas esto lo hacemos sin darnos cuenta, ni saber que faltamos; por eso Dios de estas faltas e imperfecciones no nos pide cuenta, ni por ellas nos castiga; pero de lo que hacemos, que al hacerlo nos recordamos que es malo, o que es imperfección o falta, esto sí tenemos este conocimiento, antes de hacerlo y lo hacemos, esto es la falta, esto es lo que Dios nos castiga y nada más que esto; pues, siendo Dios para nosotros Padre, el más cariñoso de todos los padres ¿cómo es posible que los dedicados al servicio de Dios, que tienen puestos sus ojos en no hacer cosas que a Dios le ofendan y desagraden, qué razón hay para tanto temer...? ¡Oh! ésto es una astucia de Satanás, para dos fines: primero, el privar a Dios, nuestro divino Redentor del placer grande

que le damos cuando confiados en El, de El todo lo esperamos: el perdón y la salvación. Segundo, el que Satanás quiere por este medio fácilmente el inquietarnos y por esta inquietud a ver si logra hacernos perder la paz del alma, porque si esto logra, logra echar a Dios de nuestra alma; porque donde hay paz, de asiento habita y mora el Espíritu Santo, y cuando la paz perdemos, a Dios de nuestra alma le echamos; pues, almas consagradas al servicio de Dios, poned vuestros ojos en no hacer faltas ni imperfecciones, a sabiendas cometidas, y no privar a Dios, Redentor divino nuestro, del placer que le damos cuando en El confiamos, y de El y por El todo lo esperamos: perdón y salvación, los temores y desconfianzas dejar que los tenga el mundo, que sobradas razones tiene para temer y desconfiar, porque los pecados, con la alegría con que come y bebe y se divierte, con esa misma alegría se cometen los pecados; de éstos es el temer, que sobre ellos ha de caer toda la justicia de Dios; porque en Dios no creen, al divino Redentor no le quieren, pues como juez lo

QUINTA LETRA DEL SILABARIO DE LA ESCUELA DIVINA:

DE LOS VANOS TEMORES QUE TANTO DISGUSTAMOS A DIOS CON ELLOS Y TANTO DAÑO A NOSOTROS NOS CAUSAN EN EL ALMA Y EN EL CUERPO.

Muy detenidamente nos instruye nuestro Maestro inolvidable, de los vanos y falsos temores para que nunca les demos entrada en nuestro corazón; nos enseña y dice, que los vanos temores es una astucia satánica, que la emplea sólo con aquellos que quieren servir a Dios y que de verdad le sirven; con los falsos temores consigue él muchas cosas de nosotros; porque Satanás y no una vez Satanás sino muchas, cuando ve que una criatura con todas las veras del alma se resuelve no sólo a no cometer pecado mortal sino que a sabiendas ni quiere cometer faltas leves, ni imperfección alguna; cuando Satanás ve estas disposiciones y firmes resoluciones, el Satanás muchas veces Satanás, ¿qué hace...? Está siempre como el afanado ladrón, a ver cuándo halla fa-

vorable ocasión para dar al alma sus asaltos; ya que no puede lograr que el alma cometa pecados, faltas e imperfecciones, a sabiendas cometidas, trabaja sin descanso para lograr el arrancarnos la confianza que quiere Dios que en El tengamos; y para ello nos pone con su astucia esos vanos y falsos temores en el corazón, y con ellos logra de nosotros muchas cosas, y con las que damos mucho descontento a Dios, y a nosotros grande daño en el alma y en el cuerpo; y mirad lo malo y traidor que es; para todos lo es, pero en especial para los que a Dios están consagrados; todas las glorias, triunfos y gozos de Satanás están en que a Dios ofendamos las criaturas; pues miradle ahora de apuntador, el más celoso, de la gloria de Dios, miradle con qué sagacidad y falsedad, dice al alma todas las faltas e imperfecciones que ha cometido, y la trae un número, sin número, de faltas e imperfecciones, y la pobre alma con todo ello se angustia, y empieza ya en ella el desaliento, y a servir a Dios con penas y tristezas; y entre esta pena y esta tristeza, traidoramente y muy traidoramente les pone la desconfianza en Dios, y el alma con esta desconfianza poco a poco va perdiendo aquella libertad con que a Dios iba y pedía y eperaba, lo que pedía, con fe; y les hace ver que la verdad es falsedad y la falsedad se la pinta como verdad, y así, falsamente, si uno se quedó en el mundo, porque Dios así lo quiso, le hace ver que no vive según el querer de Dios, que Dios le quería para vivir en religión; y si se entra otro en la religión, le hace ver que, más gloria había de dar a Dios en el mundo; y toda la reata de cosas falsas, todas que él sabe traer; y, con todo ello, consigue que se descontenten del estado que han abrazado para servir mejor a Dios, y le sirvan sin alegría, y sin alegría servir a Dios, es lo que llena a Satanás de gozo desesperado; y digo desesperado, porque Satanás y todos los condenados, no pueden tener otro gozo que éste; este es el gozo de ellos, la desesperación y la rabia, con lo que unos a otros se despedazan y nunca pueden morir; como Satanás logre que tenga una tristeza y pena de los que sirven a Dios, por suyos los tiene, porque con la pena y la tristeza, está siempre el alma, como está nuestro cuerpo cuando tiene calentura fuerte, ¡nada! estar en grande desazón unas veces y en grande postración otras; inútil para pensar con acierto y verdad; no hablamos de lo que en su corazón vanamente tenga, y de lo que su imaginación débil desatinadamente se forma las cosas, y habla sin acierto alguno, pues el alma con las penas y las tristezas está en profunda desazón, dominada por vanos y falsos temores; con los vanos y falsos temores, va poco a poco debilitándose en ella la fe, la esperanza y la caridad, para con Dios y para con el prójimo; por el mal humor que se levanta al perder

la confianza en Dios, a no tener tanto como El quiere que en El tengamos; con la desconfianza, no puede ver ni recordar y mucho menos tener a Dios por Padre, el más amante de todos los padres, y siempre le tiene delante, como juez severo e injusto, que la ha de castigar con sobrado rigor todas sus imperfecciones, y de aquí que muchos, de natural tímido, vienen a perder hasta la razón, con lo que dan contento a Satanás; estas cosas en el alma de quien todo esto sufre, es un sufrir que al alma dejan desolada, como la piedra, cuando viene en un verano, que todas las hermosuras de las flores y de los frutos los deja desolados; este jardín deleitable del alma, plantado por el Espíritu Santo para placer y contento de la Augusta Trinidad, todo queda destrozado, marchito y sin esperanzas de poder volver a su primera hermosura y lozanía. Almas consagradas al Señor, ¿veis los resultados de nuestros falsos y vanos temores...? Pues mirar, ahora, dónde está el remedio de estos males. Enséñanos nuestro sapientísimo Maestro, que nuestra pobre naturaleza, es como la tierra de donde fuimos formados; y así como la tierra por buena que ella sea, sin necesidad de que en ella echen la mala semilla, ella lo brota y arroja de sí, porque en sus entrañas y en su corazón se forman, sin semilla alguna, la raíz de las malas yerbas, espinas y toda clase de abrojos, así es nuestra pobre naturaleza; sin que nadie nos enseñe el mal, le sabemos todos hacer, sin que nosotros queramos, por cuidado que tengamos; faltas e imperfecciones hemos de tener, así que por esto no nos hemos de angustiar más de lo justo; y lo justo es que tengamos pena, en que por ser así nuestra naturaleza, no podamos servir a Dios, sin faltas y sin imperfecciones; esta pena tengámosla, porque esta pena, con ella, manifestamos a Dios el deseo que tenemos de servir a Dios sin faltas y sin imperfecciones, porque así merece Dios ser de nosotros servido, y gocémonos ... mucho ... mucho ... mucho; porque así, sin faltas e imperfecciones le hemos de servir eternamente tan pronto como salgamos de este nuestro destierro; pero hata entonces, con faltas e imperfecciones será Dios servido de todos los hijos de Adán; sólo no tuvieron faltas ni imperfección alguna, la naturaleza humana que estuvo unida a la divina y la que fue madre de esta naturaleza humana; que estuvo unida a la divina, que llamamos el Hombre-Dios, y el Dios hecho hombre; pues la que fue madre de este Hombre - Dios, por los méritos de este hijo, que la fueron anticipadamente aplicados, se vió libre de toda falta y de toda imperfección, porque así como no puede haber ni tinieblas ni niebla alguna, cuando el sol no tiene delante de sí nubes que le impidan el mandar hasta la misma tierra la plenitud de su luz, así esta primogénita de nuestra raza, por estar llena de la

plenitud del Espíritu Santo, no podía haber en ella falta e imperfección, porque el Espíritu Santo la hizo por gracia, lo que Dios es por naturaleza, y en que así fuese se complació toda la Sma. Trinidad. Y fuera de este hijo y de esta madre, todos, todos tenemos imperfecciones y faltas; fijaros ahora bien de la lección de nuestro Maestro Sapiientísimo, que nos enseña, instruye y manda que de las faltas e imperfecciones que hacemos, conociendo antes de que las hagamos, qué es aquello que vamos a hacer, o a decir falta o imperfección, y lo hacemos, de éstas y de ninguna más, nos ha de tomar Dios cuenta; de las demás que hacemos y cometemos sin darnos cuenta, hasta que ya las hicimos, de estas faltas y de estas imperfecciones no se da Dios por ofendido, porque sabe que ésto es propio de nuestra naturaleza; por éstas no os apenéis más de lo que ya os dejo dicho más arriba; pongamos nuestros ojos en no cometer cosa alguna ni de palabra, ni de deseo, ni de obra de aquellas que, antes de hablar, desear o hacer sabemos que a Dios desagradan; éstas, aunque en ello vaya nuestra honra, o nuestra hacienda, o nuestra vida, todo se pierda antes que a sabiendas hagamos faltas e imperfecciones; y a servir a Dios, con toda la alegría que se merece Dios ser de nosotros servido; y, si tenemos la desgracia de cometerlas sabiendo que pecamos, no os desalentéis; si lo que hicisteis es pecado mortal, confesarle; y doleros de él de lo íntimo del corazón, y con ésto que hagamos, ya está Dios con nosotros, como si nada le hubiéramos hecho, que Dios no es como nosotros en ésto de perdonar, que si alguno nos hace una cosa grave y nos pide perdón, le perdonamos pero no le echamos en olvido, lo tenemos presente toda la vida; librenos Dios como del infierno, el que nos figuremos que Dios hará con nosotros lo que nosotros hacemos cuando perdonamos; Dios lo olvida todo en lo que se refiere a castigarnos o a tenerlo presente; en este sentido, digo que se le olvida todo, en lo demás, nada se le puede olvidar, ni lo pasado, ni lo presente, ni lo venidero, nada puede olvidar, porque todo permanece en su esencia. Es luz por esencia, y con su claridad vé hasta el más pequeño átomo, sin que ante su grandeza se le oculte nada; pero es Padre infinitamente amable, infinitamente cariñoso, cariñoso y misericordioso, que a nosotros sus hijos por adopción, nos mira y trata por saber mejor que nosotros, lo poco bueno que puede hacer nuestra pobre naturaleza; nos mira y trata siempre, como trata una madre a su hijo pequeñuelo; mirad lo que dice una madre en la tierna edad de su hijo, mirad cómo le trata, si se cae y el niño llora y llama a su madre, al punto la madre está presente para levantarle si es pequeño, o ayudarle a levantar, si es mayor; para enjugar sus lágrimas y aca-

riciarle si es pequeño, o alentarle y aconsejarle, si es mayor; pues esto hace y esto dice. No puede andar solo, y él quiere andar y se cae por eso, él quiere correr, y apenas sabe andar ... de aquí el grave daño que se hace. Así piensa Dios de nosotros, con esa ternura, con ese amor, con esa dulzura, con ese cariño, con esa compasión nos trata, mira y vé nuestras faltas; la diferencia que hay entre una madre y Dios es: el que una madre ama, quiere y ayuda con la pobreza natural, porque la naturaleza en todo es pobre; pobre en amor, pobre en bondad, pobre en poder, pobre en perdonar, en todo pobre, por ser así tan consumada pobreza la naturaleza humana; y Dios todo lo que hace, no lo puede hacer con esa pobreza, porque Dios es infinito en todo, y el amor infinito que nos tiene, es como el móvil de Dios en todo lo que se refiere a nosotros; por eso si se trata de perdón, con infinito amor nos perdona, si algo le pedimos; con infinito amor se inclina su bondad no a darnos, lo que le pedimos, sino lo que El sabe que necesitamos; si caímos y le llamamos, con infinito amor nos envía el poder infinito de su gracia, que rompe las cadenas de pecado, y poniéndonos en libertad gozamos, sobreabundantemente, de las delicias que en sí encierra la gracia; esto y más que esto, es Dios para nosotros, y nosotros ¿qué es lo que debemos hacer ...? Siempre ... siempre en lo que se refiere a Dios, obrar como los niños que apenas saben andar; en toda ocasión, en todo peligro, en nuestras necesidades, en nuestras pobrezas espirituales, en nuestras caídas y siempre ... siempre, llamar a Dios, y con lágrimas y suspiros no cesar de acudir a El, pues de El y sólo de El, ha de venir el remedio de todos nuestros males; y El sólo El, es el que nos ha de llenar de todos los bienes, pues lo tiene prometido, y Dios no puede faltar a su palabra, Mirémosle siempre como padre y llamémosle Padre, pues El tanto en ello se goza, y nuestro divino Redentor tanto lo desea; y no tengamos reposo alguno ir a El confiadamente; arranquemos de nuestro corazón todo temor satánico, y que no vea Dios en nosotros otro temor que el amor santo que con toda justicia le debemos, y que así se merece Dios ser de nosotros servido; amémosle con todo nuestro corazón, porque el verdadero amor es el que nos enseña a tener a Dios por Padre, a ir a El y acudir a El siempre confiadamente, no desconfiar de El, que le desagradas mucho; seámosle fieles hijos a un tan amante Padre, y sea ya aquí en la tierra, lo que ha de ser para nosotros por los siglos sin fin, amén.

SEXTA LETRA DEL SILABARIO DIVINO:

CUAN JUSTO ES QUE DEMOS A DIOS LO QUE EL NOS DIO, PARA QUE TUVIERAMOS PARA DARLE EN MEDIO DE NUESTRA POBREZA, Y NUNCA NOS FALTARA QUE PODERLE DAR.

Cierto, ciertísimo es que somos pobres, muy pobres los hijos de Adán; y ésto aunque sean poderosos en bienes de la tierra, porque todas esas riquezas nada son, y para nada nos valen, sino es que las empleemos en hacer con ellas bien a nuestros prójimos; y fuera de esto, de ningún valor son a los ojos de Dios. ¡Oh, que manifestación tan grande nos ha dado Dios del infinito amor que nos tenía y nos tiene...! Cuando no teniendo nada que poder dar a nuestro Dios, Dueño y Señor, la infinita Sabiduría, que parece que no piensa más que en hacernos felices, y engrandecernos en nuestra pobreza, y consolarnos, tan anticipadamente, en cuanto que El sabía que nos había de apenar, el no tener nada que poder dar al que era para nosotros todo en todo... Y ¿qué hace...? ¡Mirad qué rasgo de infinito amor...! Todo corazón humano, si no es un monstruo de ingratitud, siempre desea agradecer a su bienhechor lo que por él ha hecho y manifestarle agradecimiento con alguna dádiva, aunque sea insignificante, si más no tieme, ni puede por su pobreza consumada; y cuando ésto no puede hacer ¡cuánto sufre, si verdaderamente es agradecido...! Pues la infinita sabiduría, viendo nuestra consumada pobreza, se dio trazas para que en cada una de sus criaturas, existieran siempre como dos depósitos de riquezas, inagotables, de esas riquezas de las que únicamente hace aprecio y estima Dios, para que siempre en nosotros mismos, y, muy a la mano, tuviéramos qué dar a Dios nuestro Criador, Dueño y Señor, siempre que le quisiéramos algo dar, en agradecimiento a los inmensos beneficios que nos ha hecho; y que cuando esta dávida, tan agradable a Dios, se la diéramos desinteresadamente, sin tener en cuenta lo que por él nos dá, sino sólo el que nos ha criado y redimido, nos resultara a nosotros tanto bien, que por esta dádiva nos fuera dado a nosotros el bien infinito; bien pudo haber esperado a poner remedio a esta nuestra pena, cuando con ella nos

hubiera visto, pero no; las entrañas de Dios y su saber infinito, no esperaron a poner el remedio a nuestras penas y a todas nuestras desgracias después de tenerla, no; antes de haberlas criado, ya el infinito saber de Dios trazó todos los caminos para poner en ellos anticipadamente el remedio a nuestros males y penas, pero no en las penas y males de la presente vida, en que ahora estamos y vivimos, no; porque estas penas y estos males nos son necesarios para ir a Dios. ¿Cuántos si no fuera por estos sufrimientos de la vida, no se acordarían de Dios, y aficionados a ellos y con ellos, metalizados siempre, aquí quisieran vivir...? Como las niñas sin razón que no piensan, que no ven pérdidas, ni peligros en sus entretenimientos; con que las dejen jugar y correr y divertirse, para ellas no haya otro para después; pero los padres sabios, prudentes y discretos, poniendo los ojos en el bienestar de sus hijos, para el porvenir, en nada tienen las privaciones y sufrimientos de la niñez, y aunque lloren, suspiren y por esto se quejen, no son atendidas, sólo han puesto los ojos en dos cosas: en el porvenir de sus hijos la primera; y en las enfermedades y en poner los medios para que no enfermen, y aprovechen en su carrera, la segunda; y en nada más tienen puestos los padres sus ojos. Pues esto mismo, desde que la bondad de Dios, como que forzó al querer y voluntad del mismo Dios a criarnos, esto hizo, antes de habernos criado; y esto continúa haciendo, mientras en esta vida estamos, sus ojos ha puesto en nuestro porvenir eterno, y las penas de la vida presente en nada las tiene; sólo ha puesto los remedios a nuestras penas del alma; a las enfermedades que podemos sufrir graves... que nos pueden impedir nuestra brillante carrera, y concluir la con los títulos de amor; está en esto y no en otra cosa nuestro porvenir eterno; y así como ninguno puede, sin saber bien sabidas las letras del silabario, empezar y menos continuar y concluir su carrera, así a nosotros nos es de suma necesidad, a todos cuantos aspiren a la santificación de su alma, el aprender y practicar todas las letras de este Silabario divino, para empezar, continuar y concluir nuestra brillante carrera, la más brillante que pudiéramos en esta vida emprender, porque con ella hemos de entrar en íntima amistad con Dios, lo que después de esta vida, nos basta para ser felices y dichosos por los siglos sin fin; parece que en algo me he separado de lo que os venía diciendo al principio; de cuán justo es que demos a Dios lo que El nos dio, para que tuviéramos que darle, en medio de nuestra pobreza, y nunca nos faltara qué poderle dar; os decía que en cada una de sus criaturas ha puesto dos, como depósito inagotables, y en ello tiene dos fines; el primero para que más a Dios nos

parezcamos, y el segundo para que nunca nos falte qué poder dar a nuestro Dios, Dueño y Señor, si agradecidos a tantas misericordias y bondades le queremos en algo como recompensar; estos dos depósitos de riqueza son: los afectos de nuestro corazón, y los actos libres de nuestra voluntad; con ellos podemos manifestar siempre y en toda ocasión lo muy agradecidos que estamos de El, por sus infinitas bondades, al criarnos, por sus infinitas misericordias, al redimirnos, y por sus manifestaciones de amor tan consumado e infinito, manifestado con tantas finezas y con el ardiente deseo de nuestra salvación y de nuestra santificación. ¡Oh Padre amantísimo, amor y Maestro mío! Si nos deshiciéramos en el bien servirte, como se deshace la sal en el agua, y nos gastáramos y consumiéramos, como el aceite y la cera se consume y gasta en tus altares, nosotros nos gastáramos y consumiéramos en más y más amarte. ¡Oh qué dicha tan sin igual sería ésta para el corazón que desea verte de todos amado...! Pero ya que no es así espontánea y libremente... ¡Oh mi Bien, mi Vida y mi Todo, con tu poder haz que así sea...! ¡Oh! que no haya otra cosa en la vida que nos gaste y nos consuma sino es el amor que tengamos, que el amor hacia Tí sea la única causa de nuestra muerte. Mira que los que tienes que a la santificación aspiran, tienen en más tu amor que el cielo que nos tienes prometido, porque el amor para el que sólo amor busca y quiere, es el cielo de los mismos cielos que ella únicamente ansía, busca, quiere y desea. ¡Oh nuestro todo, y todas las cosas! postrada a tus pies y con aquel rendimiento posible que debe tener la criatura ante su Criador, Dueño y Señor, vengo a darte los corazones y voluntades de todos cuantos esparcidos por la redondez de la tierra, ansían, buscan y quieren la santificación de su alma; recíbeles, Señor, como dádiva que te ofrezco, en agradecimiento a tantas misericordias y bondades como has tenido y tienes para nosotros, y pues nos llenaste el corazón de afectos, para que tuviéramos qué darte en medio de nuestra pobreza, y nos dejas libre voluntad para que más a Vos, Padre amantísimo, nos pareciéramos y al mismo tiempo, fuera como una mina de riquezas inagotables, de donde tuviéramos siempre dádivas en abundancia que poderte dar, tantas, cuantos son los suspiros de nuestro corazón, lleno de afectos, los actos de nuestra voluntad a Tí encaminados y por Tí sólo puestos en práctica, con encendido amor, Señor, que tu eres la vida de nuestra vida y el alma de nuestra alma, recibe para siempre y por siempre los suspiros y afectos todos de nuestro corazón, y los actos todos de nuestra voluntad; no queremos, Señor, que ninguno nos robe ni un pequeño afecto de nuestro corazón, ni ninguno tenga parte

en los actos de nuestra voluntad, por ésto te los damos desde ahora para siempre con espontánea, libre y entera voluntad; tuyos queremos ser desinteresadamente, no queremos ni te pedimos cosa alguna ni del cielo, ni de la tierra; no deseamos nada de lo que nos tienes prometido, sólo deseamos amor, dánosle, Señor para amarte y más amarte, y en consuelo de verte amado de todas tus criaturas. ¡Oh luz de nuestros ojos y suspiro de nuestro corazón! Mira lo que te decimos. Imán de nuestros amores, si nos quisieras dar cuantas delicias tienes en tu Reino para consuelo y placer de nuestra alma... ¡Oh! de verdad, de verdad te digo, que no nos darías tanto placer y contento como si nos dieras el consuelo de verte amado de todas tus criaturas... Santo y Divino Espíritu, desciende a la tierra, prende en ella el fuego de tu amor, y haz que arda de un confín a otro confín, y no cese de arder hasta que todos los corazones sean consumidos y abrasados, para que todos seamos víctimas gloriosas de tus divinos ojos, y siendo el amor la causa de nuestra muerte, sea el amor nuestra vida por los siglos sin fin. Amén.

SEPTIMA LETRA DEL SILABARIO:

Instrucciones recibidas de nuestro sapientísimo Maestro acerca de cómo en nosotros está el que nos salvemos o no nos salvemos; y cómo es ciertísimo que ninguno podremos decir a Dios: Me condené porque no me diste lo necesario para salvarme; todos hemos de ver en el día del Señor, cómo no quedó por Dios el que no lográramos nuestra salvación; quedó por nosotros, y muchos no lo han de lograr por sus padres y maestros, por Dios, ninguno... ninguno, porque si Dios pudiera sufrir, éste sería su continuo sufrimiento, el ver que no pudo hacer más de lo que hizo para que todos lográramos nuestra salvación y nosotros despreciando estos medios, con entera voluntad, nos hemos proporcionado nuestra eterna condenación...

Instrucción tal cual la he recibido de mi Maestro, acomodada a mi inteligencia; porque esto siempre lo hace, se acomoda a la inteligencia de cada uno. La existencia de Dios, verdad la más consumada y la que hoy los hombres no quieren creer; ella es como la esencia de toda verdad, la consumada verdad.

D I O S

Dios, nos dice y enseña nuestro sapientísimo Maestro, que es vida, que siempre vivió; vida sin principio y sin fin; vida divina; la naturaleza de su ser es todo Santidad, todo Justicia, todo perfección, todo Poder, todo hermosura, grandeza, majestad, señorío, felicidad y gloria; y así como en nuestro ser, hay una cosa que llamamos entrañas y es como lo sustancial de nuestro cuerpo, y así solemos decir si es malo, ¡qué malas entrañas que tiene!, también en Dios hay como lo sustancial, y ésto que es como lo sustancial de El, es la Bondad, la Caridad y la Misericordia, y que esto es las entrañas de Dios; y allá... en muy remotas y dilatadas alturas, sobre esto que nosotros llamamos cielo, tuvo, tiene y tendrá fija siempre su morada; su ser nada ocupa, pero sus dilatadas regiones están llenas de la majestad de su gloria; es el gozo infinito que El de sí mismo tiene, el que naturalmente está siempre como una fuente que mana, arrojando de sí perfecciones divinas, de arrebatadoras bellezas, y hermosuras y encantos... que arrebatan... y como mares sin fondo es la dicha... la felicidad... el gozo de aquella Patria querida.

¡Oh!, la infinita Bondad de Dios en sus eternidades... estaba siempre como si algo le faltara, sólo porque no tenía a quien dar, ni a quien hacer participantes de su gloria; porque la bondad es como su natural el dar y hacer a otros participantes de lo que tiene, y ¿a quién se lo iba a dar y hacer participantes si no existía nadie sino Dios? Sí, aunque en El hay tres personas, las tres son la misma y única cosa, Dios; pues esta bondad, unida como siempre lo está a los demás atributos, todos unidos, como que forzaron al querer y voluntad de Dios, a que con su poder criara seres, que sin ser dioses, participaran de toda su dicha y felicidad, grandeza y gloria; al punto, lo aceptó el querer divino; y las tres divinas personas, como que se reunieron a tratar y como a conferenciar el modo de criar estos seres; el saber infinito, dispuso que el poder de Dios criara dos clases de naturalezas, una superior a la otra; a la superior la llamaron Angel,

a la inferior, hombre; para el angel crearon esto que llamamos firmamento, para el hombre la tierra; la infinita sabiduría de Dios dispuso, que el Angel no tuviera más que una naturaleza, y el hombre, dos, una natural y otra sobrenatural, y estas dos naturalezas distintas, del Angel y del hombre, tuvieran la misma vida de Dios inmortal, para que siempre con Dios vivieran y siempre de Dios gozaran; aquella sabiduría infinita dispuso, que para la parte natural que el hombre tenía, para ayuda, le fueran, criados otros seres inferiores, que son los animales, y para regalo y alimento, frutas, aves y peces, y para recreo y placer inmensa variedad de flores, plantas y yerbas y cuanto encierra en sí la creación terrestre; y dispuso el infinito saber, que todos los seres destinados al servicio del hombre, la vida natural, única vida que tienen, envejeciera y muriera; porque el hombre, destinado sólo para vivir como Dios y gozar de El, contados habían de ser los días que viviera sobre la tierra; trazada ya la naturaleza por el infinito saber de Dios, la miró y Dios la vió tal cual es, antes de haberla criado; vio la rebelión de sus criaturas y cómo de los mismos dones se habían de valer para faltar gravemente a su Dueño y Señor; y castigado por su malicia, lleno de soberbia y encono, había de seducir al ser inferior a él, al hombre, a que también se rebelara contra Dios; cuando Dios vio la malicia que encerraba la seducción satánica, se compadeció del hombre, que iba a ser engañado, y puso el remedio a su mal con inmensas ventajas para el hombre; y todos los remedios puso antes de habernos criado; llegados los tiempos decretados, el poder de Dios sacó de la nada la creación entera y cuando hubo criado al hombre, le colocó en el paraíso de la tierra, y le dijo como mandato: "De todos los árboles comerás, menos de éste" y se le nombró, "y el día que de él comieres, morirás"; todo sucedió como Dios lo había visto, antes de haberlo criado; criados que fueron por Dios estos seres, destinados a gozar de El, y vivir con El eternamente, aquella santidad infinita, inseparable de la justicia, porque la santidad y la justicia son como una misma y sola cosa, y en santidad y justicia obra siempre Dios, y en santidad y justicia, quiere Dios que obremos sus criaturas; la santidad nos fue dada, cuando nos dió el Espíritu Santo la gracia santificante; y la justicia, nos la dió en sus mandatos, y en el cumplimiento de sus mandatos, está el obrar nosotros en justicia; la justicia, en Dios, es un atributo divino, santísimo, como la misma santidad de Dios; y Dios, este atributo de justicia, por ser El el ser supremo, único ser supremo que existe, no puede ejercer este atributo de su justicia, sino es imponiendo mandatos llenos de justicia y santidad; y la santidad de su justi-

cia, pide que sus mandatos, tan justos y tan santos, sean cumplidos, y si así no lo hiciera, Dios no sería perfecto. Justo, de toda justicia, es que, a nosotros, sus criaturas, nos obligue a cumplir mandatos, tan justos y tan santos como son los que El nos impone. Criados que fueron por el poder de Dios estos seres, destinados a reinar con El eternamente, justo y santo fué el mandato que Dios les impuso, porque en él no se encerraba otra cosa, ni a otra cosa se encaminaba, que a que todos nosotros obremos siempre en la justicia y santidad que Dios nos pide, y nos lo pide, porque es un deber de justicia, que la criatura esté siempre sumisa y obediente a los mandatos de su Dios, Dueño y Señor; y para vivir nosotros, criaturas de Dios, en justicia y santidad, tenemos que, santamente, obedecer a todos los mandatos de Dios; y Dios, ¿qué es lo que nos pide y lo que nos exige para conseguir el fin para que fuimos criados...? Nada nos pide, sólo impedirnos que obremos el mal, porque es lo que nos impide lograr nuestra eterna salvación; el que nuestra voluntad no dé nunca el consentimiento para obrar el mal, es lo que nos ruega, pide y exige, y que pongamos de nuestra parte el trabajo necesario para que nuestra voluntad obre siempre el bien, porque el rechazar el mal e inclinar nuestra voluntad al bien, es lo que nos dice nuestro Maestro que es la cooperación que Dios nos pide; porque ésto es la gracia, como cuando uno queriendo pasar, y no pudiendo, porque hay quien se lo impide, vamos, quitamos el impedimento, y le dejamos paso libre, y forcejeaba y no había paso, y con esta ayuda, que fácilmente pasó; así es la gracia; pues hagámosla este obsequio a la gracia cuando viene, hagámosla paso libre con nuestra cooperación, que para nosotros es el bien por

Variante de la Séptima Letra del Silabario

Dios, es vida que siempre vivió y esta vida es divina, inmortal, sin que haya tenido principio ni pueda tener fin; siempre fue lo que es, y como este ser divino es vida, no tiene cuerpo, ni figura alguna... esta vida divina encierra en sí infinitas perfecciones e infinitas hermosuras y cada una de sus perfecciones tienen su inmortalidad, sin envejecimiento alguno. Es la naturaleza de esta vida, el poder, la grandeza, la santidad, la sabiduría, el señorío, la justicia, la hermosura, y así como en nuestro ser, y como en lo substancial de nuestro cuerpo, tenemos todos una cosa que la llamamos entrañas (este ser divino,

Dios, es el único que vive con propia vida, y cuantos seres existen con vida, El se la ha dado, todos de El la han recibido) y que de ahí decimos y deducimos si es malo, ¡qué malas entrañas tiene! y si es bueno ¡qué buenas entrañas tiene!, pues esta vida sin principio, este ser divino, como lo substancial de El es todo bondad, todo misericordia, todo caridad; y así como las flores cada una nos dá lo que cada una tiene, nuestro olfato nos le recreamos con su fragancia, y nuestra vista con sus variados colores y delicados matices, y los árboles nos dan sus exquisitos frutos con los que se regala y deleita nuestro paladar; y los ríos sus aguas nos dán, para con ellas refrigerar nuestra sed; y los pajarillos recrean con sus cánticos nuestros oídos; y nosotros, unos a otros, nos damos lo que tenemos; pues Dios ser divino, vida única que vivió siempre, y vive y vivirá eternamente, con propia vida, que encierra en sí más perfecciones divinas, que encierran los mares de gotas de agua y de granitos de arena, y más que átomos el aire y más que yerbas la tierra, y más que hojas los árboles, y que cada una de sus perfecciones es una riqueza verdadera ... y cada una de estas sus perfecciones están como una fuente que manan riquezas verdaderas ... hermosuras ... bellezas ... encantos sin igual, y siempre ... siempre así, como fuentes ... brotando de sí, inmensidad de riquezas ... de hermosuras ... y bellezas y encantos; pues ¿a quién les había de dar Dios estas riquezas ... si no existía nadie sino El ...? Esta bondad infinita, también quería dar lo que Dios en sí tiene, pero como si no existe ser alguno, si no hay más vida que la suya, dícenos nuestro Maestro que la bondad es como su carácter, como su móvil y como su todo, el dar y hacer participantes de lo que El tiene; pues este atributo divino, la bondad, estaba siempre como si algo la faltara, porque no tenía a quién dar ni a quién hacer ricos con sus riquezas, hacer a alguno hermoso con su hermosura, ni grandes con su grandeza, ni señores con su señorío y ¿qué hizo este atributo divino ...? Como que forzó a todos los demás atributos, y unidos todos como lo están entre sí, presentándose todos al querer y voluntad de Dios, y piden seres que existan eternamente, y con El gocen eternamente de lo que El tiene, y con su misma dicha sean eternamente dichosos por los siglos sin fin; lo aceptó el querer divino. Dícenos nuestro Maestro, que este ser divino, Dios tiene naturales en sí, tres distintas personas, y que las tres son un solo Dios, por ser las tres, la sólo vida que siempre vivió y que la naturaleza divina es única y sola, por eso no hay más que un solo Dios, aunque son tres personas; por eso no pueden ser tres dioses, porque no hay tres naturalezas divinas, sino una sola; y así como cuando vemos un frondoso árbol que

tiene en sí variedad de ramas, no decimos que sean tantos árboles, cuantas sean las ramas que tiene, porque vemos en él un solo tronco, y decimos que es un solo árbol, aunque lleva naturales en sí tanta variedad de ramas; así, esta naturaleza divina, es un solo Dios, aunque son tres personas, dícenos nuestro Maestro, que las tres divinas personas tuvieron así como lo que nosotros, en nuestro lenguaje llamamos consejo, conque se reunieron a conferenciar el modo o manera de criar estos seres, que sin ser dioses, participáramos de todo cuanto Dios tiene; y convinieron en hacer... en todo lo más semejante a El; en todo así nos han hecho; con vida inmortal, con voluntad libre, que es lo que más a Dios nos asemeja; en lo que se refiere a nuestra inmortalidad nos ha hecho como a El; una vez que existimos, no podemos ya dejar de existir, porque esta muerte que sufrimos, temporalmente la sufrimos y nada más que temporal, porque llegado el día señalado por el mismo Dios, el cuerpo será unido otra vez con el alma, para ya no separarse jamás, y como el alma es inmortal, también el cuerpo por los siglos sin fin; dícenos nuestro Maestro que toda la raza humana tenemos dos vidas, una natural y otra sobrenatural, y dícenos que esta vida sobrenatural no se la dió Dios a ninguno de los seres que fueron criados por Dios para servir al hombre, como son animales, plantas, aves, etc., que sobrenatural solamente se la ha dado Dios a nuestro primer Padre Adán, y a su descendencia y a los Angeles, y a sólo estas dos clases de criaturas, las dió vida inmortal, por ser estas dos clases de criaturas, las únicamente destinadas para gozar de Dios, y vivir con El eternamente; y todo lo demás que existe en toda la redondez de la tierra, no ha de estar viviendo más que los días contados por Dios, de aquí que todo lo que Dios crió para el hombre, todo tiene corta vida, y vida sólo temporal, y dícenos nuestro Maestro que, como nuestros padres fueron seducidos por Satanás, y con la seducción les dejó la baba infernal que les llenó el corazón de podredumbre, corrupción y soberbia, como tenemos esta parte animal, como todos los demás brutos en nuestra vida natural, nos castigó Dios a la muerte temporal por nuestra soberbia; y con esta muerte temporal, destruye Dios todo lo que Satanás puso en nosotros. ¡Oh Maestro mío, con qué claridad nos haces ver en esta Escuela divina, esta verdad, que de muy niños nos enseñaba la Santa Iglesia, que no has tenido otro fin al criarnos, que hacernos dichosos con tu misma dicha y felicidad, viviendo contigo por los siglos sin fin!

Continúo la instrucción de nuestro Maestro. Enséñanos nuestro Maestro que después de haber tratado las tres divinas personas el cómo habían de criar estos seres, que de El gozaran y con El eter-

namente vivieran, y todo lo que habían de criar para morada del Angel y del hombre, la Divinidad, Dios, echó como una ojeada, y lo vió tal cual es antes de haberlo criado, y vió ya la rebelión del Angel y la seducción de éste al hombre; al punto el infinito saber de Dios trazó todos los caminos que había y veía su saber infinito, que a Dios ... para nada le valemos, ni para ser más dichoso, ni para ser más feliz, ni para aumentar su grandeza, ni para hacer mayor su reinado, ni para aumentar su poder, ni para aumento de su gloria, nada ... para nada... Dios no nos necesita, porque es tal su poder... su saber ... su grandeza y su gloria... ¡Oh! si ni las inteligencias más privilegiadas y consumadas en saber pueden darse idea, ni remota siquiera, de lo que este ser infinito, Dios, en si tiene, pues ¿para qué va Dios a necesitarnos a nosotros, sus criaturas...? ¿No ha existido siempre, y solo? Y tan poderoso y tan sabio y tan Señor en consumada grandeza y gloria ha sido siempre, cuando El sólo existía, como lo es ahora que existimos, y como lo será después que la tierra deje de existir y por los siglos de los siglos siempre igual; porque lo que Dios es, no lo ha recibido de nadie; El es, por naturaleza, lo que es; y lo que El es, vida que siempre existió y esta vida nadie se la ha dado, es el ser único que existe con propia vida, y sin envejecer jamás porque la perfección no puede envejecer; y así como al venir la aurora de la mañana, no pueden ante ella permanecer las tinieblas de la noche; así esta vida divina, nada se la puede oponer, porque ella es la única cosa que es; una comparación: Existe una familia poderosa y única; en un terreno propio vive esa familia, sola, ya muchísimos años; mas un día, hablando dicen entre ellas: Tantas bellezas, tantos encantos, tanta hermosura, tantas riquezas que nos cercan por todas partes... siento una cosa acá en mis entrañas de bondad, que siendo esta nuestra heredad propia, que nadie nos la puede arrebatar... por una parte y por otra, nadando como estamos en riquezas, bellezas y hermosuras, y siendo nuestro terreno en estas cosas una mina inagotable, vamos a traer aquí un número de pobres, que vivan aquí con nosotros, y participen de todo cuanto tenemos; pues, si, dicen toda esa familia, hagámoslo así; dice la madurez del Padre que representa a toda la familia: "Si aceptan mis mandatos con entera voluntad y les cumplen, conmigo estarán siempre; mas antes que gocen de mi presencia y coman conmigo a mi mesa y participen de todo cuanto hay en mi heredad, han de cumplir mis mandatos". El hijo único de este Señor es de mucho saber y dice: "Justo es Padre mío, lo que dices, que antes que se sienten a tu mesa y gocen para siempre

de lo que tienes, cumplan los mandatos que les impongas, y para que así sea, hagámosles habitación y morada deleitable, separados de nosotros, y allí, que fielmente nos sirvan; más como nosotros para nada los necesitamos, y jamás para cosa alguna los hemos de necesitar, el cumplimiento de tus mandatos, Padre mío, sea el servicio que nos han de prestar; señálemosles tiempo fijo, sin que ellos lo sepan cuanto tiempo les está señalado; y cumplido el tiempo señalado, llámales, Padre mío, a tu presencia; y si bien lo hubieren cumplido, pasen al punto a gozar de tu presencia, y sentados a tu mesa gocen contigo de tí y participen de todas las riquezas, que tiene nuestro palacio, y, en propiedad, dales tus dilatados reinos, para con ellos ensalzarlos y engrandecerlos de tal manera, que jamás puedan volver a sentir la escasez propia, de su bajo y humilde linaje; y si por algún descuido involuntario, nos faltaran, perdonémosles; porque involuntariamente, sin ellos saberlo que nos faltan, nos han de faltar más veces que minutos tiene el día; porque la naturaleza tan pobre de su linaje es así, olvidadiza, y en muchos es una escasez tan grande la que tienen de luz para sus inteligencias, que apenas ven, y de aquí que, muchas veces, no ven ni se dan cuenta del mal, hasta que no le han cometido, y luego que le han cometido, hacen lo que hace un niño cuando apenas empieza a tener uso de razón; que se le dice: Mira... anda con cuidado ... no pises esta flor. Pero, propiedad de los niños, se olvidó y pisó la flor, cuando se dió cuenta de que podía pisar la flor, ya la había pisado, sintió pisarla, lo demostró con bajar su cabecita, y con pena mirar la flor que pisó, y siente haber faltado a la advertencia y mandato que le habían hecho". El Padre tan Santo como justo y tan justo como Santo dice: "Todas esas faltas así cometidas las perdono, y no las tendré en más que como si no las hubieren cometido". El saber del Hijo sigue proponiendo al Padre y dice: "Padre, ya les conozco, son por naturaleza muy propensos al mal, y muy retraidos para obrar el bien; los mandatos más justos y obligatorios los desprecian y no quieren obedecer; toda su inclinación es vivir dando gusto a sus apetitos, a sus pasiones, recrear sus sentidos, no negarles nada de lo que ellos pidan; se dejan llevar del espíritu de ira, venganza, odio; tienen espíritu de contradicción para aquél que deben obedecer, por ser su Señor; y obedecen a cualquiera aunque les cause la muerte lo que les mandan; a todos dan crédito aunque sea un papelote que le haya escrito un gitano, o un preso que se escapó de una cárcel; pero les habla y les dice algo su Señor, que es tan bueno para ellos, y les habla y les dice siempre la verdad solamente, y ni le

dan crédito a sus palabras, ni quieren seguir sus consejos y en contradicción de lo que saben que quiere y desea, obran; y si oyen hablar de este su Señor, o directamente alguno les habla, no sólo no le creen, sino que le quieren negar hasta que existe tal Señor; éstos son” —dijo el hijo a su Padre— pero les amo tanto ... tanto ... me dá tanta pena verles ... siento tanto el verles correr a su desgracia ... a su ruina ... y perdición ... que la compasión que les tengo es la que me hace decir: Traigámosles; y por nuestra parte, que no pierda ninguno ... esta dicha, esta felicidad, este bienestar en que les queremos poner ... y este reinado que les queremos dar”. Habla la madurez de tan justo y santo Padre y le dice: “Hijo mío, tu amor y mi amor es uno solo; con el mismo amor con que les amas, con la misma pasión con que les miras, los miro; con la misma bondad con que les quieres tu enriquecer y sacar de su miseria, con la misma quiero darles cuanto tango y hacerles con ello dichosos para siempre; con la misma caridad con que quieres tu, hijo mío, perdonarles, con la misma caridad yo les perdono; ya sabes hijo mío, que en todo, los tres que componemos esta familia rica y poderosa en verdad, somos una misma y sola cosa”. El hijo continúa diciendo: “Padre, te tienen tanto miedo, los pocos que hay entre ellos de buena voluntad, que tiemblan todos con sólo pensar, que han de venir a tu presencia, antes de ser admitidos a tu mesa y recibir lo que les queremos dar”. “Pues ¿por qué me temen a mí que soy para ellos todo bondad, todo misericordial todo caridad ...?” “Es Padre mío, porque tu eres el que con justicia les has de juzgar sus pecaminosas acciones”. “Y ¿cómo es que temen mi justicia siendo tan santa y tan justa? ¿Acaso me consideran apasionado en mi juicio? Si no soy apasionado, si no puedo equivocarme, si no puedo tener una imperfección por falta leve, ni falta leve por cosa grave, si mi imposible es el equivocarme y el engañarme y el negar a cada uno la entrada y posesión en mi reino como lo tengo prometido. ¿Cómo y por qué me temen?”. Continúa el hijo diciendo: “Padre, es porque como eres tan justo, les vas a negar lo que tienes prometido, y no les vas a dejar pasar a celebrar el banquete preparado para el día de su entrada; es este su temor” “¿Y este temor le ponen en mí? ¿Cómo es que no lo penen en ellos? ¿No es justo que este temor no me lo tengan amí, sino que se lo tengan cada uno a sí mismos? ¿No son ellos la causa de que yo no los reciba, ni los mande sentar a mi mesa a gustar del banquete preparado...? No es justo que a las bodas de una persona noble, que por ser tan rica y buena convidó a cuantos aldeanos había en la aldea, con sólo la condición de que

fueran peinados y que en un baño preparado, que ésta persona noble tenía, fueron todos voluntariamente a lavar, y al salir del baño, les daba a todos el banquete ...

Segunda parte:

EJERCITACIONES PRACTICAS



INTRODUCCION

ESCUELA DIVINA Y SILABARIO PRACTICO DE ESTA ESCUELA, CON CUYA PRACTICA SE ADQUIERE LA PERFECCION QUE SANTIFICA.

Es una pena en estos tiempos, hallar almas que aspiran a la perfección y que no tienen mayor deseo que el de santificarse y no pueden lograr lo que anhelan. ¡No lo pueden lograr...! Ellas meditan diariamente, oyen misa, se confiesan, comulgan con fervor, sus rezos hacen con devoción, tienen sus horas de oración, se dedican a hacer cuanto bien pueden al prójimo, ayunan, dan limosnas, hacen grandes penitencias y salen de esta vida para otra, sin conseguir lo que tanto anhelaban. Han conseguido salvarse y nada más, pero si ellas desean la santificación y perfección de su alma ¿por qué no se las ha de ayudar para que lo consigan, enseñándolas los caminos que a la santificación conducen...? ¿No es una pena que por no saber el camino que a la santidad conduce, no consigan la santidad que tanto ansían? ¡Oh, qué dirán de mí al ver que así hablo...! Mas digan lo que quisieren, yo con mi dulcísima y amantísima Madre diré lo que ella decía cuando visitó a su prima Sta. Isabel: “Engrandece, alma mía, al Señor, que se dignó poner sus ojos en tí, que eres la pequeñez y miseria...” El que es tres veces santo, lleno de misericordia y por pura bondad, sin mérito alguno mío, se dignó enseñarme un camino desconocido para mí, pues de él ninguno me había hablado, y me lo enseñó para que por él caminando, yo consiga el que se cumplan en mí sus amorosos designios; de este camino es de lo que yo os quiero hablar, en lo que yo llamo Silabario Práctico de la Escuela Divina. ¡Oh, me veo y me considero tan feliz desde que a practicarle empecé, que jamás yo hubiera creído que en este triste destierro, se pudiera conseguir tanta felicidad! Es un cielo anticipado lo que con su práctica se adquiere; si usáis de su práctica, veréis si en todo lo que os digo, os he dicho la verdad.

Maestro mío... considerando un día en mi amada soledad, lo feliz que soy, lo dichosa que me considero, la paz de que goza mi alma, la tranquilidad en que vivo, el reposo tan sabroso que disfruto, desde aquel día para mí tan memorable en que tu caridad infinita y tu bondad sin límites, se dignaron darme entrada en esta Escuela Divina, donde he aprendido con la práctica que Vos mismo allí enseñáis, a conocerme a mí, de cuyo conocimiento tanto bien me ha resultado para pasar felizmente esta vida y asegurar la vida eterna, que siéntome desde entonces como con hambre y sed de hablar a las criaturas que buscan la perfección y anhelan conseguir la perfección de su alma, para decirlas lo feliz que soy, desde el día de mi entrada en esta Escuela, donde todo lo que se aprende es la consumada verdad, encerrada en el conocimiento de Dios y en mi propio conocimiento, para que viendo ellas lo que es esta Escuela y lo que a practicar enseñan y lo que por esta práctica harán, se animen a desear venir a ella, y se pongan cuanto antes en condiciones para poder ser llamadas, puesto que en ella nadie puede entrar, sin ser de Vos llamada; mas como sin Vos, Maestro mío, nada sé hacer, pidoos intrucción y ayuda para poder hablarlas y decirlas dónde y cómo han de conseguir lo que tanto ansían. Maestro mío inolvidable, siéntome inclinada a escribirlas y darlas por escrito esta noticia, mas para conseguir con ello lo que mi corazón desea, necesito Vuestra Gracia y Vuestra ayuda ... la espero de Vos, Maestro mío, y tanto más la espero, sabiendo como sé, que sois infinito en la bondad, pues sus rasgos llevo grabados en mi alma y por ello sé, que no deseáis sino que se abra nuestro corazón a pedir con toda confianza, para, al punto, darnos más de lo que deseamos y pedimos. Yo, hoy fundada en esta verdad, me resuelvo a escribirlas para conseguir por este medio el que se aumente el número de almas interiores, para que aumentándose este tan pequeño número, sean mayores vuestras complacencias, puesto que en ellas os complacéis más que en lo restante del mundo. Señor, Maestro mío, que redunde todo en vuestra mayor honra y gloria ... Amén ... Amén.

ESCUELA DEL DIVINO MAESTRO; DONDE LA TIENE; COMO LE EJERCE; QUE ES LO QUE ENSEÑA.

Este Divino Maestro tiene su escuela en el centro de nuestra alma, pero no ejerce en ella mientras nosotros no nos pongamos en aquellas condiciones que El necesita para poder ejercer; y para esto es el silabario práctico, que con la práctica que allí se aprende nos pongamos en ese estado que es necesario estar, para El ejercer.

Las condiciones que El necesita ver en nosotros, son estas: resolución completa de la voluntad para abrazarse a todo lo que Dios pide, cueste lo que costare; hacer con entera voluntad todos los actos de vencimiento propio; arrancar con entereza de voluntad todo cuanto haya en nuestro corazón que no sea amor de Dios, y todo cuanto hallemos en nuestra alma que nazca, obra de nuestro amor propio, de nuestro juicio y de nuestra propia voluntad. Vencimiento, mortificación, pronto lo pronunciamos, pero no tan fácilmente se practica; su práctica es de todos los nuestra existencia; porque la mortificación y el vencimiento es ejercicio de todo esta presente vida; lo que uno se abraza con entera voluntad, a todo vencimiento y mortificación, no cuesta el hacerlo; porque lo que cuesta es no quiere, y hay que hacerlo contra el querer de la voluntad; y como aquí en esta escuela divina no se viene a a persona alguna del mundo que recibe en el servicio sin mirar si son servidas con entera voluntad o no, ellos estén den las cosas a su tiempo y no se fijan en más; pero aquí no es así; en esta Escuela Divina, porque aquí enseñar a amar; y amar a Dios como a padre, como a esposo, y como a maestro y santificador de mi alma y más que esto; porque Dios no necesita ser servido; servido necesita ser el que tiene necesidades, como las tenemos todos los descendientes de Adán, aunque sean emperadores, pero Dios no tiene necesidad ninguna y ama el servicio cuando hacemos obras que redundan en grandes provechos de nuestra alma. Como nos ama tanto ... tanto, llama El servicio, a todo aquello que bien hecho, mueve las entrañas de este tan amante Padre, a darnos por ello algún grado de gracia y gloria. Así como los amos dan salario al buen servicio que ellos reciben, Dios nos dá

como salario cuando hacemos las cosas que hacemos en provecho nuestro; son todas las que hacemos por dar gusto en ellas a Dios, y las que hacemos por Dios en bien y en provecho de nuestros hermanos, teniendo o llamando hermanos a nuestros prójimos.

Como a esta Escuela Divina, no se viene más que a aprender a amar a Dios y como Dios no se fía o se para de palabras, sino de obras, de aquí que todo el amor que nos enseña es manifestado con obras, y obras que Dios pide, no las que nosotros queramos, sino las que Dios nos pide. Y Dios pide lo que es justo y sobradamente razonable. El nos adoptó por hijos, y como estamos tan empobrecidos de toda virtud verdadera, quiere que recobremos aquel estado primitivo, en que El colocó a nuestros primeros Padres, y que ellos voluntariamente le perdieron; y con este recobro vayamos saliendo de este estado de pobreza y miseria en que nos dejaron nuestros primeros Padres, y salidos de este estado, seamos por El elevados a la alta dignidad que nos mereció Jesucristo con su muerte. De aquí la necesidad de entrar en esta Escuela Divina, donde todo es ejercitarnos en manifestar a Dios el amor que le debemos, con obras; y obras como las que aquí enseñan: todas pequeñas, no pide cosas grandes, pero aunque son pequeñas, cuestan el hacerlas mucho ... mucho ... porque donde no hay amor todo cuesta; cuando ya se adquiere el amor y él solo impera, (Nota).

(FRAGMENTO DE OTRA INTRODUCCION).

.....sacrificios no cuestan; se hacen hasta con gusto; bien sabe que ésto es así, pero El nada pide, sino amor, manifestado con obras, y en esta escuela así es; el amor son las obras y las obras los amores; aquí no valen palabras, lo que vale y lo que enseñan son obras, hechas todas por amor y con amor, como a ésto nos resolvamos con entera voluntad, pronto este Maestro divino vendrá a abrir su escuela en el centro de nuestra alma.

El modo de enseñar que tiene: Enseña sin ruido de palabras, porque allí todo es silencio, quietud y una paz no conocida; y se dá tal arte para enseñar, que todo se aprende con mucha facilidad, por torpe que uno sea, sin cansancio del entendimiento ni trabajo alguno

NOTA.—Los puntos suspensivos indican que por estar estropeado el papel no se puede leer. Queda incompleta en el manuscrito, esta parte correspondiente a la Escuela Divina,

de la memoria; al entendimiento le es dado una luz tan clara y hermosa que todo lo que le ponen a su consideración todo lo vé y entiende con tanta facilidad, aunque sea una verdad que nunca oyó, porque las verdades que aquí todas son puestas a nuestra consideración muy difíciles de entender; a la memoria nada la es costoso, porque no tiene que retener nada; todo lo que la enseñan se la queda como impreso en el alma; que no necesita recordarlo, todo lo tiene delante, sin que lo pueda olvidar.

Las instrucciones.—Todas son del propio vencimiento, y de la necesidad que de ello tenemos si queremos conseguir salir de nuestra miseria, y llegar a aquel estado en que fueron puestos nuestros primeros padres para que puestos en este estado, podamos conseguir aquella transformación amorosa que tanto nos une a nuestro adorable Redentor, y que tanto endiosa y diviniza el amor; este es su modo de enseñar.

Lo que enseña.—Enseña el conocimiento de Dios y el propio conocimiento; enseña el camino que es necesario andar para labrar la santificación de nuestra alma; y enseña el amor verdadero y desinteresado con que hemos de amar a Dios y el temor santo que siempre hemos de tener.



SILABARIO PRACTICO DE ESTA ESCUELA DIVINA Y SU PRIMER EJERCICIO.

El primer ejercicio práctico de todo el que aspire a lograr la santificación de su alma, y la posesión de Dios por amor es este: el dejar con entera voluntad el mundo con todas sus vanidades y con todos sus cumplimientos; y ésto no manifestárselo a Dios con las palabras, sino con las obras. Manifestar a Dios con las obras, que dejas-te el mundo con todas sus vanidades, no es el entrarte religiosa, es el dejar los teatros, el dejar los bailes, los paseos públicos, y todas aquellas amistades que no te sirven para ir a Dios; el dejar las vanidades del mundo, no de palabra, sino de obra, es no seguir sus costumbres, ni en el vestir, ni en el peinar tus cabellos, ni en el calzar, ni en el adornar tu cuerpo, por mejor parecer; porque ya tus ojos no les has de poner en otra cosa que en agradar a Dios; y Dios quiere que cuando El llama a cualquiera de sus criaturas, al punto lo deje todo, y siga el llamamiento de Dios, y le siga así como esté; y como esté, es que así vistas, que así peines, que así calces y que así todo, tal como esta-

bas, cuando Dios te llamó; no quiere decir ésto que siempre estés con el mismo vestido, sino que no cambies de forma alguna. ¡Oh, cómo es Dios! Mirar qué cosas pide; parecen niñerías, y lo son; pero Dios que ni busca ni quiere sino el rendimiento de nuestra voluntad ... no nos pide sino niñerías, pero mirad a ver si a la voluntad la es niñería, o la cuesta más esto que un grande trabajo que la viniera; porque el amor propio se queja y grita en esta petición de Dios, como los niños caprichosos. ¡Oh, saber infinito de Dios, cuánto mereces nuestra alabanza...! ¡Oh, cómo nos llevas con estas niñerías al propio conocimiento...! A este gritar del amor propio siempre acude el enemigo, a seducir a el alma con sus astucias, haciéndola ver qué dirán de ella, que la tendrán por rara, y toda la reata de engaños que El sabe traer tan astutamente para seducir, y lograr el que no hagamos lo que Dios pide; y cuando esto no puede lograr, se contenta con que no lo hagamos tal cual Dios quiere que lo hagamos. ¡Oh! pues nosotras a dar gusto a Dios en todo; mirar que hubiera podido pedirnos los grandes sacrificios que El hizo por nosotros; y no nos pide nada de eso, sino cosas pequeñas, propias de niños; porque sabe, como ninguno, cuanta es nuestra poquedad; y este es el camino por El trazado, que conduce a la Santidad; y por donde hemos de conseguir la transformación de amor, que tanto con Dios nos une, y tan felices nos hace; no pongamos nuestros ojos en los grandes sacrificios, ponerles sólo en hacer el querer de Dios en todo lo que nos pide y hacerlo tal cual es el querer de Dios que lo hagamos; y esta será la primera manifestación que demos a Dios de que con todo rendimiento de nuestra voluntad le queremos amar y en todo complacer; también, Maestro amabilísimo, en rendir con tu gracia nuestra voluntad para que siempre y en todo hagamos el sólo querer de Dios, y como El lo quiera que lo hagamos. Así sea.

SEGUNDO EJERCICIO DEL SILIBARIO.

En este segundo ejercicio nos enseñan a dejar, por Dios, las amistades con las criaturas; y esto aunque sean muy espirituales, porque no se os puede figurar el grande impedimento que esto es para adquirir el trato y amistad con Dios. Cuando es por profesión o por otra alguna obligación, su trato no perjudica a nuestra alma; lo que nos

perjudica y daña es lo que nosotros por propia voluntad buscamos, y sólo entonces nos perjudica y daña. En lo que es obligatorio, no permite Dios que nos dañe, porque entonces si se presenta alguna ocasión poco favorable, Dios se encarga de que salgamos con bien, de todas las ocasiones; pero no así de las que nosotros buscamos voluntariamente; por esto lo que debemos hacer es: las amistades ya adquiridas, con esa prudencia y discreción que nos da Dios, cuando con buena voluntad nos ve, ir las dejando poco a poco, y nuevas no tener ninguna, hasta que podamos decir al Señor: Señor, amistades, Vos y yo; que quiero vivir, Señor como si Vos y yo solos viviéramos en el mundo; Vos os habéis dado todo a mí, yo también quiero darme todo a Vos; y consiguiendo esta separación de las criaturas, hay mucho andado para la separación de las cosas; porque todo... todo hay que dejarlo, si queremos conseguir la unión con Dios, por amor; y viendo Dios nuestro corazón vacío de todo, venga El a ocupar nuestra alma; y nos dé lo que siempre que viene nos da: amor para que le amemos, y amándole nuestra dicha es segura ahora en el tiempo y luego en la eternidad. Así sea.

TERCER EJERCICIO PRACTICO DEL SILABARIO DIVINO.

En este tercer ejercicio se nos pide el vencimiento propio en todas las cosas; y que este vencimiento propio sea por amor, y sólo por amor, no por lo que nos dan; porque como Dios es así tan bondadoso... tan misericordioso... y como El nos había criado sólo para gozar ahora en esta presente vida de las delicias del Paraíso, y después de esta vida gozáramos por los siglos sin fin en aquella Patria querida; pero como por el pecado fuimos castigados a padecer y sufrir... y como Dios siente tanto el vernos padecer, habiéndonos El criado para sólo gozar, cuando nos ve abrazados voluntariamente al ejercicio del propio vencimiento, son tantos... tantos los divinos consuelos que derrama en el corazón y en el alma para endulzar con ellos nuestro padecer... que el alma se ve obligada a purificar la intención muchísimas veces al día; porque si no purificara tantas veces la intención, y manifestara a Dios con ella que sólo lo quiere hacer todo por amor y por sólo amor, el móvil de nuestras acciones todas sería la consolación; porque nuestra naturaleza tiene una tenden-

cia especial y admirable a gozar y esta tendencia nadie se la puede quitar; porque para gozar fue criada, y no para padecer; pero, ¡oh pecado! por aquella seducción hecha a nuestra madre, entraste en el corazón humano y le corrompiste, y por eso ahora nuestra naturaleza pide goces que no le es permitido gozar de ellos, porque están inficionados con aquella baba maldita, y para evitar este contagio, hay que no dar a la naturaleza lo que pida, sino negarla lo que pide, y darla lo que no quiere; y por este negarla lo que nos pide y darla lo que no quiere es por lo que Dios manda a torrentes sus gracias, la consolación divina. Gústale mucho a Dios que en todas nuestras acciones, nos vengamos y mortifiquemos, y no por otra cosa que por el gran bien que a nosotros nos viene; mas nosotros no lo hemos de hacer por el bien que nos resulta sino sólo... por dar gusto a Dios que tanto se complace en nuestro propio bien; mas como no estamos acostumbrados a ejercicio del propio vencimiento, y podemos decir con verdad que ni le sabemos porque nadie lo enseña, el mismo Dios se encarga de ello; y por esto cuando uno ha dejado ya el mundo y todas sus vanidades y dice al Señor: Señor, os quiero en todo complacer, al punto viene; y como El es tan amante de que aquello que le decimos con palabras, se lo manifestemos con obras, empieza a pedir, y ¿qué pide...?, cosas tan sumamente pequeñas que no merecen otro nombre que llamarlas niñerías; pide tan silenciosamente al oído del alma, que nadie nota nada aunque haya mucha gente; sólo le oye y siente aquel a quien se lo pide; unas cuantas os anotaré para que veáis lo que pide; porque si fuera a decirlas todas me haría interminable, porque pide en cada una de nuestras acciones; está uno comiendo y cuando no ha conocido lo que necesita, al punto se le siente que le dice: Deja de comer eso por mi amor. Lo que pide es nada, una uva, si son uvas, un pedacito de pera, si son peras, y así nonadas, verdaderamente nonadas; y de lo que no nos hace falta; se pone uno a beber agua, calla hasta que uno refrenó su sed; pero si por gusto o placer que sintió al beber el agua, lo quiere beber, al punto se le siente que dice: Deja de beberlo por mi amor. Está uno con otra persona en conversación, y se le viene una cosa o dicho cualquiera, y la viene gana de decirlo, o continuar hablando de ello al punto: No lo digas; cállalo por mi amor, no continúes hablando de esto más. Está uno sentado, o de rodillas o de pie, y el cuerpo como que pide estar más cómodamente, al punto se le siente y oye que dice: Persevera en esa postura por mi amor; si hay amor en el alma no espera otra vez a que se lo pida; y no deja la uva que le pidió, sino el racimo entero que iba a comer, o hasta donde se extienda la genero-

sidad del amor; y así empieza a proceder el alma en todas las demás cosas; donde no hay amor o si le hay es muy ratero, no pide; lo trae a la memoria y nada más; porque como nos ama tanto... tanto... no quiere nuestro mal sino en todo nuestro bien; y como si nos pide y nos hacemos el sordo... nos perjudica tanto la negativa, no pide sino donde ve amor; porque el amor, no sabe dar negativas. ¡Oh quien te conociera, Señor, como eres, si tú mismo no te dieras a conocer...! ¡Oh! date a conocer, Señor, para que todos vean cuanto es lo que nos amas, y correspondamos todos al amor que nos tienes, y nos pongamos en condiciones de recibir lo que tanto Vos queréis dar. Así sea.

CUARTO EJERCICIO PRACTICO DEL SILABARIO.

En este ejercicio se nos pide negar a los sentidos lo que ellos pidan; los sentidos no mortificados son nuestra perdición y nuestra ruina; y para que este daño tan lamentable no nos causen, hemos de negarles lo que pidan; y al decir ésto no me refiero a la modestia en la vista que siempre debe uno tener, me refiero a toda curiosidad porque los sentidos son muy amantes de ella, son el móvil de nuestros apetitos; como lo son los apetitos de las pasiones; y si queremos tener a raya a nuestros apetitos hemos de empezar por no dejar en libertad nuestros sentidos; mirad que los sentidos no mortificados son a nuestros enemigos como las cosas de paso que entran y salen, y pasan y hacen lo que quieren sin que nadie se lo impida; y como son tan sagaces, tan astutas, maliciosas y vengativas, con la doblez y fingimiento que ellas usan... cómo engañan; pues para librarnos de estas sus astucias, hay que traer muy mortificados los sentidos; no hay que darles gusto el que piden; aunque sea lícito lo que piden; mirad que siempre están inquietos por ver, por oír, por gustar y por todo; y esto estorba mucho a nuestra alma para estar en la quietud y reposo que necesita siempre estar, para conservar la paz, de cuya falta huye el Espíritu Santo. ¡Cuántas veces ocurre que por una cosa que oyó, o por una que se vió, se inquietó nuestro corazón, se turbó nuestra alma, se quitaron nuestras potencias de la ocupación que tenían en Dios, pensando en El, y se entretienen y preocupan de aquello que vieron y oyeron o gustaron! ¡Oh, y cuántos males ésto nos puede traer ...! Santo y Divino Espíritu, con tu luz divina ilumina nuestras inteligencias, para que

veamos los muchos males que nos vienen de no negar a nuestros sentidos lo que pidieren; fortalece con tu gracia nuestra voluntad para que desde ahora vivamos como si no tenemos ojos para ver, ni oídos para oír, ni gusto para gustar, ni manos para otra cosa que para complacer en todo. Señor, que no se fijen nuestros ojos sino en tus caminos para siempre andar por ellos, y para verte a tí cuando vienes; ni nuestros oídos en otra cosa que en escuchar lo que pides, lo que mandas, para al punto cumplirlo, y estar atentos para oír tu inspiración divina; y nuestro gusto no le tengamos en otra cosa puesto que en el gusto de amarte y el gusto de en todo complacerte; para que empezando en esta presente vida, continuemos en la otra por los siglos sin fin, amén.

CUARTO EJERCICIO DEL SILABARIO. (Variante).

En este ejercicio se nos pide, el negar a los sentidos todo cuanto ellos pidan; los sentidos no mortificados son nuestra perdición y nuestra ruina; y para que este daño tan lamentable no nos causen, hemos de negarles lo que pidan; y al decir esto no me refiero a la modestia en la vista, que siempre debe uno tener; me refiero a toda curiosidad porque los sentidos todos ellos son muy amantes de la curiosidad y ellos son como el móvil de todos nuestros apetitos y pasiones; y como a estos apetitos y a estas pasiones los hemos de dominar y sujetar, si queremos lograr el ser Señores de nosotros mismos, así si queremos lograr el dominio cumplido de nuestros apetitos y pasiones, hemos de tener muy a raya primero los sentidos; los sentidos son para nuestros apetitos lo que es la jaula para el pájaro; quiere uno tener pájaros y que no se le vayan fuera de casa, si no hace más que desear y querer que no se le vayan, nada logra con su querer; si coge una jaula y allí mete los pájaros, y metidos no se ocupa de que la puerta de la jaula esté abierta o cerrada, con este descuido no logrará el tener mucho tiempo los pájaros en la jaula; pero si se cuida de que en el momento que se resuelva a tener pájaros en casa les enjaula, cierra las puertecillas de las jaulas, y no permite con ningún pretexto que las puertas de las jaulas se abran, tendrá pájaros enjaulados, mientras los pájaros vivan; pues siendo a nuestros apetitos los sentidos, lo que es la jaula al pájaro, cerremos siempre bien cerradas las puertas de

nuestros sentidos, con la fuerte aldaba que es la entereza de nuestra voluntad, y siempre estarán nuestros apetitos y pasiones sujetos a la razón; esto es lo que toca a apetitos y pasiones; y en lo que se refiere a nuestros enemigos, os diré que los sentidos no mortificados, son a nuestros enemigos como las casas de paso, que entran y salen y vuelven a pasar sin impedimento alguno; y como son tan sagaces y astutas, traidores y vengativas, con la doblez y fingimiento que ellos usan, cómo engañan; pues para librarnos de ellos, hay que dominar los apetitos, y ésto no lo podemos fácilmente conseguir sin mortificar y traer a raya nuestros sentidos; no darles nunca gusto en lo que pidan, aunque sea lícito lo que piden; mirad que siempre están como inquietos por ver, oír, por gustar y por todo; y esta inquietud estorba mucho a nuestra alma para estar en la quietud y reposo que necesita siempre estar para conservar la paz, de cuya falta huye el Espíritu Santo. Cuántas veces ocurre que por una cosa que se oyó, o por una que se vió, se inquietó nuestro corazón, se turbó nuestra alma, se quitamos nuestras potencias de la ocupación que tenían de pensar en Dios, y se entretienen y preocupan de aquello que oyeron o vieron o gustaron. ¡Oh! cuántos males esto nos puede traer... ¡Santo y divino Espíritu!, con tu luz ilumina nuestras inteligencias para que veamos los muchos males que nos vienen de no negar a nuestros sentidos lo que piden; con tu gracia fortalece nuestra voluntad para que desde ahora vivamos como si no tuviéramos ojos para ver, ni oídos para oír, ni paladar para gustar, ni manos para otra cosa que para con todo complacerte. Señor, que no se fijen nuestros ojos, sino en tus caminos, para siempre andar por ellos, ni nuestros oídos en otra cosa que en escuchar tus mandatos y la inspiración divina; ni nuestro gusto en otra cosa que en el gusto de amarte y darte gusto en todo, para que empezando en esta presente vida, continuemos por los siglos sin fin; así sea.

QUINTO EJERCICIO PRACTICO DEL SILABARIO DIVINO.

En este ejercicio se nos pide el quitar de nosotros todo deseo de saber curiosidades y de arrancar de raíz toda curiosidad. ¡Oh, cuánto tiempo nos roba la curiosidad ...! En especial las mujeres, que fuimos las que de lleno hemos como heredado aquella baba infernal

que en el corazón de nuestra madre Eva dejó Satanás. ¡Oh, cuántos males nos han venido por la curiosidad...! ¡Oh! Todos, todos cuantos hay, por ella nos han venido ...! Por la curiosidad, el destierro del paraíso, y la muerte por la que todos hemos de pasar al hacer nuestro viaje a la eternidad; por la curiosidad nos vino; la curiosidad ha sido el principio de todo; por la curiosidad empezó Satanás a seducir a nuestra primera madre, la curiosidad la llevó al pie del árbol prohibido; por la curiosidad prestó o dió oídos esta pobre madre a la seducción diabólica; la curiosidad abrió camino a la gula, a la soberbia, y a la perdición eterna de todo, si la misericordia de Dios no hubiera puesto remedio a tanto mal; la curiosidad es el ladrón disfrazado, que nos causa la ruina sin conocerlo; es la curiosidad ladrón doméstico, que sin darnos cuenta, nos va poco, a poco, despojando del alma y del corazón, la caridad fraterna, virtud tan necesaria para con ella cumplir el mandato de Dios que nos manda amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, y ¿qué hacemos con nuestra curiosidad ...? ¡Oh! mirad una persona curiosa como está atenta siempre a ver qué hablan, a ver qué pasa, a ver qué se dice, a ver qué hacen, a ver en qué se ocupan los demás, a ver dónde van, a ver de dónde vienen, y para saciar más y mejor su curiosidad, echan mano de la doblez, y con ella escudriñar con los demás las vidas ajenas; locura ... la mayor; porque si la locura del cuerpo priva de la razón, esta priva de la caridad de Dios; la curiosidad para el que quiera conseguir la amistad y trato con Dios, es uno de los mayores impedimentos. ¡Oh, curiosidad, curiosidad, cuántos males nos traes ...! Y nadie te va a la mano para destruirte y arrancarte de raíz; y pues no hay otro medio para quitarla, destruirla, y arrancarla, que el propio vencimiento, pues al vencernos y mortificarnos, hasta que de raíz la arranquemos de nosotros, pues con la ayuda y gracia que Dios nos ofrece, es cosa fácil vencerse; y con este vencimiento daremos una manifestación más a Dios de que es cierto que queremos su trato y amistad; y como Dios cuando vé que con obras le manifestamos lo que con palabras le decimos ... no se hace esperar, al punto vendrá con más solicitud, que va una madre cuando es llamada por su tierno niño. Maestro inolvidable, con tu luz ilumínanos para que bien veamos la grande necesidad que tenemos de destruir de nosotros toda curiosidad; con tu gracia fortalécenos la voluntad, para que siempre esté dispuesta con entereza a trabajar y destruir todo lo que haya en nosotros desagradable a Dios, para que no haya nada que nos impida el conseguir su trato y amistad, así sea.

SEXTO EJERCICIO PRACTICO DEL SILABARIO DIVINO.

En este ejercicio se nos manda no perdonar medio alguno de mortificación y propio vencimiento, hasta lograr con ello la perfección de la caridad fraterna. Dios es todo caridad y todo bondad para nosotros, y quiere que nosotros seamos todo caridad y bondad para nuestro prójimo. ¡Oh, qué difícil es practicar esta virtud con perfección! Cómo nos engañamos nosotros mismos... decimos que queremos al prójimo, que le amamos, y a cualquiera cosilla que nos haga, que nos disgustó con ella, o que no nos cayó en gracia que lo hiciera, ya, adiós amor, adiós cariño. ¡Qué seriedad con él! De mil medios, modos y maneras queremos manifestar el desagrado que de él tenemos; y si alguna persona nos pregunta, al punto está en la contestación: Sí la quiero; pero no quiero ni trato ni amistad con ella. Y brotan de los labios como una lluvia de imperfecciones; y queremos y deseamos que aquella persona a quien ésto decimos, que lo crea y que vea que es cierto todo aquello que contra el prójimo decimos, siendo cierto que muchas veces no hay tales faltas y tales imperfecciones en nuestro prójimo; lo que hay es la pasión en nosotros bien robusta y llena de vida, y donde reina la pasión no reina el amor; lo que reina es la aversión, y como no reina el amor, sino la aversión, los hechos y dichos de nuestro prójimo los miramos con ella, y ¿qué resulta de aquí?, pues nos da por resultado que mirando con aversión y no con amor, las cosas, dichos y hechos de nuestros prójimos, nos sucede lo que sucede cuando miramos las cosas poniendo por medio un cristal pintado; si el cristal es azul todos nos parece azul; si es verde, todo lo vemos verde; si es encarnado, todo parece ser encarnado; pero miremos las cosas sin estos cristales, sólo con la luz natural que Dios nos dió, sin que haya alguna cosa por medio, y todo lo vemos según verdad, tal como la cosa es; sin que nos engañemos; pues miremos las acciones de nuestro prójimo sin aversión, ante la claridad, y verdad del amor que Dios nos tiene; y veamos cómo Dios nos trata a nosotros; cómo calla sin echarnos en cara nuestras imperfecciones, cómo espera; cómo nos fortalece; cómo nos dá lo que necesitamos; cómo nos regala, como si fuéramos sus más fieles amigos, cómo desea y busca nuestra amistad, aunque le hemos faltado tanto, y despreciado sus gracias, y gravemente ofendido. Cómo

nos ofrece su gracia y su ayuda para todo; cómo se goza en nuestra dicha y felicidad. Cuando nos vé caídos, con qué misericordia nos mira, cómo nos alarga su mano bondadosa, llena de gracias, para que con ellas queden remediados todos nuestros males, y las necesidades todas de nuestra alma pobre. ¡Oh, cómo nos quiere ...! ¡Con qué cariño y dulzura nos trata...! ¡Cómo se goza cuando Padre le llamamos...! ¡Oh! y tengámoslas también siempre presentes sin olvidarlas jamás, aquellas últimas palabras de nuestro adorable Redentor, dichas al despedirse, cuando iba a dar la vida por nosotros y quiere que en práctica las pongamos:

I

¡Oh palabras en testamento,
Dichas ... al darnos su vida,
¡Qué mal háis sido cumplidas ...!
¡Oh, que os olvidó mi mente...!

IV

Venga, caridad bendita,
Dé asiento a mi corazón,
Que te prometo desde hoy,
Amar a todos en tí.

II

Divino Redentor mío,
Nos mandas que nos amemos,
¿Nosotros qué es lo que hacemos?
Odiarnos casi de muerte.

V

Ya no quiero más vivir,
Sin tí, caridad fraterna.
Y aquellas palabras tiernas ...
que en testamento dejó ...

III

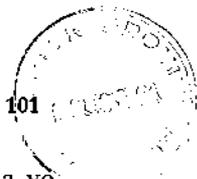
Y no creáis que exagero,
Es muy cierto lo que digo,
Tus palabras en olvido...
¡Oh! Redentor verdadero.

VI

Mi adorable Redentor ...
Todas las quiero cumplir,
Y en este ejercicio santo,
Morir ...

SEPTIMO EJERCICIO DEL SILABARIO DIVINO.

En este santo ejercicio, se nos prohíbe la envidia espiritual. Nos enseñan en esta escuela divina, que la envidia espiritual, es el mayor mal que nos puede venir por ser la envidia una pena del corazón casi incurable, porque tiene su raíz en la soberbia, y de aquí nace esta clase de envidia, es el manjar exquisito de nuestro amor propio; es



la enemiga de la gloria de Dios; es el pecado a quien acaricia la voluntad, y cuando la voluntad acaricia el pecado ... ¡Oh, qué difícil es de quitar...! porque entonces escasea mucho la gracia, y sin la gracia de Dios nada malo podemos quitar de nosotros. Cuando la tentación viene y excita la pasión, sin que la voluntad haya tomado parte en ello, al punto viene la gracia en ayuda de la voluntad nuestra; y la fortalece; y fortalecida la voluntad con la gracia, vence la pasión; así nos lo enseña este sapientísimo Maestro, y vencida la tentación, la pasión huye; pero cuando no hay tentación, sino la pasión sólo, que brota, y sale de la malicia del corazón, y la voluntad la acaricia, entonces no hay gracia que venga en su ayuda, porque la gracia siempre viene en ayuda de la voluntad, para que la voluntad venza, pero cuando la voluntad acaricia el mal y le acaricia siempre que no hay en ella retraimiento, desagrado, repugnancia, disgusto, resolución contraria a aquél mal que siente levantarse en sí; si nada de ésto hay en nuestra voluntad, es manifestación cierta de que la voluntad lo quiere, y por eso lo acaricia, y entonces sin la ayuda de la gracia, ¿cómo podrá resistir para no consentir en la pasión de la envidia ...? La envidia espiritual, nos enseñan en esta escuela divina, que es aquel desagrado que se levanta en nosotros, cuando oímos alabar, ensalzar y querer a una persona por alguno de los dones que de Dios ha recibido, o por las virtudes que tiene, o por su trato afable, dulce, cariñoso, compasivo, bondadoso, tierno, misericordioso, o por su caridad, ya sea con los de casa, ya sea con los de fuera; en fin, que la alaben, que la quieran, que la aprecien y estimen por cualquier cosa buena que en ella hubiera; mirar con desagrado, con disgusto, hasta con enfado el que a otro alaben, ensalcen, quieran, aprecien y estimen y por el bien que hay en ella, éste es un pecado injurioso a este sapientísimo Maestro; porque al tener pena en su alabanza no se apenan de otra cosa que de que alaben, aprecien y estimen los dones de Dios, que ésto es lo que alaban en ella y no alaban otra cosa; que vean el pecado en ella, veréis como no le alaban, pues ella es la misma, cuando está en pecado, que cuando está en gracia, pues ¿qué es lo que alaban...? No a ella, sino lo bueno que hay en ella; pues ¿por qué no nos hemos de gloriarnos todos en ella, cuando en ella vemos el bien, que tanto a Dios agrada ... y las gracias, dones del Espíritu Santo, que en ella brillan para tanta gloria de Dios, pues para ésto la han sido dados...? ¡Oh!, de corazón prometamos al Señor, jamás tener pena de ver que a otro alaben, sino gozarnos y más gozarnos; y pedir al Señor que se glorifique en sus mismas gracias y en sus dones dados a sus criaturas, y darle gracias por ello, como si fuéramos nosotros quien

lo ha recibido; Dios se gloria mucho cuando así procedemos. Señor, por darte gusto y contento, así lo quiero hacer, amén, amén. Y empeemos ya en esta vida a glorificarle, para que continuemos en la eternidad, por los siglos de los siglos, amén, amén.

OCTAVO EJERCICIO PRACTICO DEL SILABARIO DE ESTA ESCUELA DIVINA.

En este ejercicio se nos enseña la necesidad que tenemos del recogimiento y silencio exterior, sin el cual no podemos lograr el recogimiento y silencio interior, porque este recogimiento interior tiene algo parecido en el modo de formarse, crecer y desarrollarse a la nuez; la nuez, mientras la cáscara no está hecha, la nuez no empieza a formarse; y dentro de esa cáscara, allí la nuez crece y se desarrolla; el recogimiento y silencio exterior es de suma necesidad, su práctica, para formarse, crecer y desarrollarse en nuestra alma, el recogimiento interior; medio por donde el alma adquiere la soledad en que se ha de poner y alegremente vivir, si quiere atraerse hacia sí las miradas amorosas del más fino de los amantes; este recogimiento y silencio exterior, nos hemos de dar cuanta prisa podamos para cuanto antes adquirirlo y tenerlo en posesión, y digo en posesión, porque aunque trabajemos por arquirirlo, mientras que con toda la entereza de nuestra voluntad no lo pretendamos tener, en posesión no lo tendremos; porque este recogimiento exterior no es tan fácil su práctica como parece, y no está la dificultad en lo difícil que ésto fuera de guardar, no; la dificultad está en nuestro querer; si lo queremos de veras, no hay dificultad; y no hay excusa por ninguna clase de ocupaciones; porque aquellas personas que por su profesión siempre han de estar acompañadas, ya dejó dicho, que lo que es obligatorio, no nos estorba, ni es impedimento alguno ni para el recogimiento y silencio, ni para cualquier otra cosa, sea cual fuere; Dios no nos pide nunca, lo que no podemos, nos pide sólo lo que podemos, y si no podemos más, que un cuarto de hora o menos, eso y nada más nos pide. ¡Oh, cómo es Dios...! Yo quisiera que supieran todos el modo que Dios tiene de atraernos en todo; no lo olvidemos, mirar que El no aprecia ni estima, ni pone sus ojos en mirar, ni lo grande que sea lo que le damos, ni el tiempo que a estar con El dedicamos; aprecia, estima y pone sus ojos en la entereza de voluntad con que lo hacemos;

un momento que uno esté con El, porque sus obligaciones no lo permiten más; un instante que piense en El, cuando su trabajo obligatorio le ha ocupado las potencias, ese momento, ese instante, si con ello fue la entereza de su voluntad, lo aprecia, lo estima, lo mira Dios con la mayor complacencia, porque en ello halló la entereza de voluntad; no lo mira así cuando disponiendo de tiempo estamos como escaseando o contando el tiempo que falta para salir de aquel sitio donde con El estamos. ¡Oh, qué le manifestamos entonces! ¿no es una señal cierta del poco amor que le tenemos ...? ¿No manifestamos con ello las malas disposiciones de nuestra voluntad ...? ¿Y cómo con estas disposiciones nos va a recibir Dios en su amistad y trato familiar con El, si nos vé tan faltos de amor, y tan poco dispuestos para el propio vencimiento, que es con lo que la voluntad se va disponiendo al recogimiento exterior...? Señor, Señor, que veamos con tu luz divina estas necesidades, que nunca de ellas nos lamentamos y son verdaderas necesidades, para el que aspire a lograr la santificación del alma. Con tu gracia, Señor, hacer que nuestra voluntad se abraza gustosa al recogimiento exterior y a todo aquello que a Vos nos lleva y a Vos nos une; así sea.

NOVENO EJERCICIO PRACTICO DEL SILABARIO DIVINO

En este ejercicio se reciben gracias muy particulares por lo que el alma con todas las potencias, está como absorta, aprendiendo el ejercicio del recogimiento interior, y el silencio que enseñan a practicar en esta escuela divina tan admirable; es de donde brota la quietud y el reposo, virtudes tan hermanadas que no vive la una sin la otra; y el fruto de estas dos virtudes es la paz del alma; y estas cinco virtudes, todas las ha de adquirir el alma, y tenerlas ya en posesión largo tiempo; porque sin ellas no vive Dios de asiento en el alma; todas las demás virtudes es necesario tenerlas para ganar con ellas el corazón del amado, pues queda como prendado y enamorado de las virtudes, donde quiera que las vé; pero por más enamorado que esté no manifiesta al alma deseo de hacer su enlace con ella, hasta que el alma no adquiere el recogimiento interior, el silencio, la quietud, el reposo, y la paz; porque estas virtudes no se pueden tener mientras el alma no sea señora de sí; porque ser Señora de sí, es

tener ya, como en absoluto, dominio de las pasiones, los apetitos del alma y del cuerpo, los sentidos, y haber como desterrado de sí todas las inclinaciones torcidas de la naturaleza nuestra; esto es ser una señora de sí, así nos lo enseña en esta escuela divina; y si uno no es señora de sí, no se puede tener ni el recogimiento y silencio interior y menos el reposo y quietud, y mucho menos la paz del alma; porque el alma o es señora que manda y es obedecida, o es esclava, y con su esclavitud todo es inquietud, turbación, desorden, porque todos piden; piden los apetitos, piden las pasiones, piden los sentidos, pide la naturaleza toda; y con este pedir, estas cinco virtudes no pueden estar; desaparecen del alma, y Dios no habita donde estas virtudes faltan; por eso en este noveno ejercicio, nos enseñan y mandan que siempre estemos en este ejercicio del recogimiento y silencio interior, para que estas dos virtudes abran camino al reposo, a la quietud, y de aquí brote la paz del alma. El recogimiento y silencio interior también son dos virtudes que donde se halla la una, allí se halla la otra; por eso hay que hablar de las dos al mismo tiempo; el recogimiento y silencio interior, son para nuestra alma lo que son las alas al pajarillo, que sin ellas no puede adquirir por ningún otro medio el contento y regocijo que tiene cuando con sus dos alas, favorecido por el aire, vuela veloz por las alturas, y nosotros nos gozamos viéndole a tanta altura volar. Pues a nuestra alma el recogimiento y silencio interior nos llevan, favorecidos por la gracia, nos llevan sobre todo lo criado, encaminando nuestro vuelo al corazón divino de nuestro Adorable Redentor, y en él se regocija nuestro Espíritu, siente gran placer el corazón, los sentidos se recrean y las potencias de nuestra alma gozan de un contento sin igual, y como el entendimiento vé y entiende con toda claridad y verdad, que cuando este silencio y recogimiento andamos muy rateros y en peligro, como anda el pájaro cuando le cortan las alas, nuestro entendimiento se lo comunica a nuestra voluntad, y la voluntad entonces se resuelve con entereza a vivir en soledad como tórtola en el desierto, para mejor atraerse las miradas del amado, pues sabe lo mucho que se goza y complace en verla en soledad, porque como ya el alma sabe por propia experiencia lo fino y delicado que es el más fino y más apasionado de los amantes, quiere poner en soledad su nido para manifestarle, que aunque la cerque cuanto hay de apetecible en el cielo, ella no quiere nada, sino al amado de su alma; y esta soledad y este nido puesto en esta soledad, no creáis que es la soledad del desierto, no; esta soledad en que dice que se goza verla el amado, es ver el alma sola, vacía de todo juicio propio, de todo amor propio, de toda voluntad pro-

pia, de toda curiosidad; de toda afición a los consuelos humanos y divinos, de todo afecto a cosas y criaturas, de toda inquietud, turbación o impaciencia, de toda palabrilla dicha con doblez, o falta de sencillez, con la que siempre hemos de tratar y hablar a nuestros prójimos, de toda aversión, de toda aficioncilla a la comodidad, regalo o molicie, de toda aficioncilla a querer ser alabados, queridos y estimados; del querer vestir nuevo, mejor que usado o remendado, por mejor parecer; en fin, todo aquello que pueda ocupar una partecita nuestra alma o corazón; porque este recogimiento y silencio interior no se adquiere mientras no estemos vacíos de todo; y que sólo el amor sea lo que ocupe nuestra alma y corazón; y creed esto que ahora os digo, que mientras no esté vacía el alma de estas cosas, y los afectos del corazón todos en Dios... aunque os sintáis llenos de consolaciones divinas, aunque tengáis éxtasis y revelaciones y don de hacer milagros, no vendrá el amado de nuestra alma a nosotros a hacernos esta visita tan amorosa como El la hace, cuando halla a nuestra alma vacía de todo, y que en esta soledad y desvío de todo, ha puesto su nido, y sus ojos los ha puesto en el amor puro y casto, porque al poner el alma aquí su nido, le manifiesta con obras que no quiere cosa alguna que a El; porque este amado no es como los del mundo, que con palabras y afectos quedan tan pagados y satisfechos; este a quien nosotros buscamos y queremos, no es así, sólo con obras queda contento, y no hechas estas obras de cualquier modo, sino hechas todas con amor, y con toda la entereza de nuestra voluntad; y mientras ésto no halle en nosotros que son como señal que quiere en nosotros ver, no nos hará esta visita tan en amores encendida; porque esta visita no la hace mientras no esté el alma en amores inflamada; y el alma no adquiere esta disposición amorosa del amor puro y desinteresado mientras no esté vacía de todas las cosas; porque para esta visita aunque El tanto la desea hacer, cualquiera aficioncilla que halle en nuestra alma, a El le es un grande impedimento. Y del silencio ¿qué os diré ...? ¡Oh! Cómo se complace vernos en tan deseada soledad, ... y en el nido... y allí en silencio... dirigir hacia El los amorosos arrullos de nuestra alma y corazón... salidos del inflamado amor de nuestro pecho, y estos arrullos hechos en tan profundo silencio ... que sólo El los entiende ... y sólo El sabe lo que queremos ... lo que buscamos y apetecemos ... esta clase de arrullos dirigidos a El en silencio ... y desde el nido ... es lo que le hiere ... y no pudiendo ya dilatar más su visita ... sensible se deja ver y sentir al alma, todo herido y también llagado ... y esta visita que está toda en amores encendida ... deja la naturaleza toda ... y digo toda, porque no lo siente sólo el al-

ma, sino todo el ser de uno lo siente y disfruta de ello, porque hasta los sentidos participan de este amor ... y todos quedan prendados y enamorados de las delicias de estos amores. ¡Oh, silencio, música, la más armoniosa para los oídos del más entendido en lo que es lo más deleitable de toda la música...! ¡Qué armonía es la tuya tan del cielo ... que sin haber voz alguna en la pronunciación de las notas ... sólo la pulsación del amor dada en silencio ... donde ni la misma alma advierte la pulsación... ni la nota que está dando... por el profundo silencio en que es dada, y has sabido con tu dulce melodía ... herir ... y llagar ... el corazón del amado ...! ¡Oh, Maestro inolvidable, por este favor tan señalado que has hecho y estás dispuesto a hacer a las criaturas, al señalarlas a dar estas notas ... y pulsación tan divinas ... las criaturas todas del cielo y de la tierra te alaben y bendigan por tan señalado favor, amén, así sea ...!

Nada más os digo del silencio; lo que sí os digo es que os déis prisa a mortificaros y venceros, que ésto no trastorna la salud como la penitencia, para que pronto quede nuestra alma vacía, y en soledad y por experiencia sepáis lo que se encierra en este silencio, y lo que con él se consigue, la dicha tan grande que en él se encierra y lo que con él se alcanza.

Oh silencio interior más deleitable,
Que la arrebatadora música del cielo,
¿A qué te compararé, si en este suelo...
Nunca hallé cosa que pueda asemejarse...?

————— o —————

Sólo ví una madre, que a su niño,
En uno de sus brazos le tenía,
Y en ella reclinado allí dormía,
En reposo y quietud inalterable.

————— o —————

Haciéndole caricias esta madre,
En el ... sus labios ha imprimido,
Y el niño su reposo no ha perdido,
Y le ví dormir, y alimentarse.

————— o —————

¡Oh! qué placer siente al alma cuando mira ...
Y vé reclinado a un niño así en su madre ...
Es el vivo retrato del silencio,
Del reposo y quietud más deleitable,

DECIMO EJERCICIO DEL SILABARIO DIVINO

En este ejercicio nos enseñan a poner en práctica el Santo temor de Dios que hemos de tener, y a no confundirle con el que no es temor santo; el temor santo es el temer disgustar a Dios con faltas, temer disgustarle o desagradarle con imperfecciones, y temer ofenderle con el pecado mortal; para evitar pecados, faltas y las imperfecciones, nos hacen ver con mucha claridad, la necesidad que tenemos de en todo vencernos y mortificarnos, como nos enseñan a ponerlo en práctica; en lo que es pecado, estar siempre con resolución firme de la voluntad de perder la vida y cuantas vidas tuviéramos, antes que consentir en el pecado; en lo que es falta, cuando nuestra naturaleza se disgusta por alguna palabrilla que oyó y se quiere ella misma defender contestando, resolvamos a no hablar; y levantando nuestros ojos y con ellos el corazón, digamos nosotros a nosotros mismos, todo es menos que disgustar a Dios; cuando nos reprendan por alguna cosilla que hicimos mal hecha, aunque a nosotros nos parezca que está bien, porque tratándose de aquel yo, que todos tenemos, todo nos parece bien hecho, y no hay tal; lo que hay es la pasión del amor propio, que nos impide ver la verdad, pues cuando nos reprendan y corrijan, creamos que es cierto lo que dicen, y resolvamos a quitar y destruir el amor propio, y digámonos nosotros a nosotros mismos, todo es menos que disgustar yo a Dios; porque le disgustamos cuando no queremos creer al que nos corrige el mal que hemos hecho, aunque no hayamos hecho más que una pequeña imperfección, y resolvamos con toda la entereza de nuestra voluntad, a no salir en estas cosas a nuestra defensa, ni con manifestaciones de disgusto ni con palabras, ni de ninguna otra manera; a dar gusto a Dios en todo, que es lo que importa; por cualquier cosilla que dijeron de tí, o que a tí mismo te la dijeron, sientes aversión, un no se qué... vengámonos; y no pase el día sin que a esa persona la demos alguna manifestación de aprecio y estima, y no nos demos en nada por resentidos y digamos nosotros a nosotros mismos: "todo es menos que disgustar yo a Dios". ¡Cuántas cosas haga yo a Dios y Dios no se resiente de mí, siendo quien es...! Cuando se levantan esas envidiejas, esas habilllas, esos desdenes, esos desprecios, esos procederes miserables del

corazón humano, esos hechos que llegan al alma y al corazón, y otras mil, mil... cosillas que suceden en esta presente vida, a todas hemos de cerrar los oídos y el corazón y no dar entrada a la aversión por ninguna de ellas; y decirnos a nosotros mismos, todo junto es menos mal que el disgustar a Dios yo; nunca nos hemos de detener a pensar lo que nos dijeron o nos hicieron, cuando lo que nos hacen y dicen nace de las miserias del corazón humano; no demos entrada a cosa alguna en nosotros que no sea virtud, o amor puro de Dios, y si esto hacemos es cierto que de pecados, faltas e imperfecciones nos libraremos mucho; y para que no os desalenteis de poner en práctica tan santo ejercicio, sabed que como fuimos formados de la tierra, siempre estamos brotando malas yerbas de faltas y de imperfecciones; ésto ya lo sabe Dios, por eso no nos toma cuenta más que de las que hacemos a sabiendas cometidas; de las que no sabemos y conocemos, aunque son muchísimas, no se da por ofendido; pues ni aun se resiente con ellas aunque son tantas; lo que le disgusta, desagrada y ofende es lo que conocemos que es falta e imperfección y pecado y no lo evitamos; esto es lo que le disgusta y ofende; pues a vivir en la práctica del santo temor de Dios, hasta que con la práctica continuada nos podamos adquirir como una segunda naturaleza, toda inclinada al bien, con lo que podamos vivir siempre en el ejercicio del santo temor de Dios, y a seguir siempre el consejo de tan sabio Maestro, que nos aconseja y dice, que nos sea el santo temor a nuestra alma, lo que es el respirar para el cuerpo, la señal de vida, pues el santo temor sea la señal inequívoca del amor que le tenemos, y de que en caridad vivamos; esta señal no engaña. ¡Oh, cuando en santo temor se vive... qué alegría de espíritu se tiene...! ¡Con cuánto regocijo se piensa en la muerte...! ¡Cómo se alegra uno pensando en ella...! ¡Cómo se echa uno en los brazos de la muerte sin temores que angustien su corazón...! ¡Con qué paz se deja todo; no piensa el alma más que en su Dios...! Dice nuestro inolvidable Maestro que los que en santo temor pasan la vida, es preciosa y envidiable su muerte, que en aquellos últimos momentos les es dado gustar de lo que en vida ya gustaron, de los secretos del corazón divino, y reclinados sobre el pecho del Divino Redentor, exhalan su último suspiro. ¡Oh! y qué pasará por el alma..., esperarle como juez que la sentencie..., y recibirle..., verle..., gustarle... y sentirle... como apasionado amante con todas las finezas de su amor... ¡Oh alma mía, y todo ser mío, a vivir de tal manera... que puedas conseguir esta muerte... que no es muerte... sino traslado a la eternidad...! ¡Oh, qué equivocados an-

damos cuando otro amor que no sea éste, tenemos...! Temor santo no hay más que este.

También nos hacen entender con claridad y verdad que donde no hay verdadero amor, no hay empeño por adquirir este santo temor; que todo es amor servil, y que aún éste no le adquirimos con perfección; el que sólo teme el castigo sin tener sentimiento ni de perder la gracia, ni perder la gloria, éste no es ni temor servil; este temor es el que tienen los brutos animales que no temen más que al palo que le van a dar; el amor servil siempre lleva algún puntillo de amor. ¡Oh! así es como se entiende, viendo este temor tan equivocado, el que haya tantos a quienes les cuesta lo indecible dejar este triste destierro, donde todo es padecer, todo es sufrir, todo penalidades y sinsabores, y ésto aunque sean poderosos en la tierra, porque del sufrir y de la muerte, nadie se escapa; y qué afición a esta vida presente, y qué pena sienten dejarla; pues, Dios mío, ¿qué es esto que hay en nosotros, es locura o es tontera...? Estamos desterrados y en nuestro destierro todo es sufrir, porque las alegrías de esta vida... ¿entre cuántos sinsabores vienen envueltas...? Nuestra salida no es para darnos otro destierro; el querer de nuestro Padre celestial es de darnos la dicha y felicidad que El tiene, y que en su reino tengamos parte, pues nos adoptó por hijos. Dicha sin igual, reinar con Dios eternamente, por los méritos de nuestro adorable Redentor; al llegar a aquella patria querida, nos está ya preparada una vida, que toda ella es gozar, nada de sufrir; todo cuanto allí deseemos nos será dado en abundancia, allí no hay para nada escasez, allí no hay muerte que dé fin a nuestro gozo, hemos sido allí llevados para vivir con Dios eternamente. Pues ¿por qué tanto retraimiento de Dios...? ¿por qué tanta pena para pasar a la otra vida, con el cambio tan ventajoso...? Allí todo gozar, aquí todo padecer; pues ¿qué hay en nosotros para tanto temer, qué idea de Dios tenemos, qué es lo que de El nos figuramos...? Tenemos fe, pues obremos según ella, y si obramos según la fe... ¿qué razón hay para tanto temer...? La salida y la llegada a la otra, tema el impío, que sobradas razones tiene para ello y tema en vida para que entre en cuentas consigo mismo, porque si no, la llegada para él a la otra vida... es terrible; pero vosotras almas consagradas a Dios, que dejásteis el mundo y cuanto había que dejar, y a vuestros padres, que era lo que tanto amábais, y hais como muerto a todo para no tener vida sino en Dios ¿qué teméis...? Si el santo temor con perfección no lo habéis adquirido... a tiempo estáis, estamos, los que aun todavía vivimos, a seguir en todo, el santo temor de Dios y ejercitarnos con obras en este ejercicio santo, y dar prueba

inequívoca con él de que a Dios solo amamos y en su caridad vivimos ; para con él poder conseguir esa muerte, que no es muerte, sino paso a la eterna vida, así sea.

EJERCICIO DECIMO PRIMERO DEL SILABARIO DIVINO.

En este ejercicio se nos enseña a amar a Dios con los afectos todos de nuestro corazón, lo que con este amor se consigue: que es la destrucción de las pasiones y apetitos. ¿Qué cosa más justa que la de amar a Dios con todos los afectos de nuestro corazón...? Y, mirad como es Dios; esto de amarle con todos los afectos de nuestro corazón nos lo podía exigir a todo trance; pero no, no lo hace así; nos lo pide, señal inequívoca de la verdad de sus palabras. Dijo que en libertad nos dejaba para que más a El nos pareciéramos, y para todo siempre en libertad nos deja; El, si nos manifiesta de mil modos y maneras lo que le agrada y lo que le desagrada y hecho ésto, pone sus ojos en las obras, y más que en lo que hacemos, les pone en la entereza de voluntad con que lo hacemos; El es muy fino y muy delicado para amar; y os advierto que lo que tiene de fino y delicado, lo tiene de celoso; por eso le es tan agradable el ocultarse, para probar nuestro amor; por eso le es muy agradable el que cuando se oculta examinemos enseguida nuestras acciones, y si no hallamos en ellas nada, no salgamos de nuestra propia casa, que es el centro de nuestra alma, y si es tal la sequedad y aridez de espíritu, que por ello no puede ni aún entrar dentro de sí, gústale mucho vernos a la puerta solos, sintiendo su ausencia, y que allí estemos con el oído puesto para oírle y salir a su encuentro tan pronto como le sintamos, y no darle jamás señal de queja en su ausencia, sino con profunda humildad del alma y del corazón, decirle tiernamente: “Bien mío, y Todo mío, cuán apenada me ha tenido tu ausencia, si hice algo que con ello te desagradé ... ¡perdóname! ... que lo siento en el alma haberos disgustado, y si nada hallaste que te fuera desagradable, dame siempre tu gracia, para con ella esperarte con amor, y vivir en soledad todo el tiempo que te ausentes de mí”. Le es este proceder tan agradable, tan agradable ... que todo encarecimiento en el decir, es poco, para el agrado que El manifiesta tener en ello; ¿sabéis qué premio dá a este proceder...? Dá unas manifestaciones de amor tan tierno y dulce,

que hiere el alma con estos amores; y es como señal que dá al alma de lo que El pretende, que no es otra cosa que disponer con estos amores el alma y el corazón, a la pronta realización de sus desposorios divinos. ¡Oh, amor del corazón, todo entero dado a Dios ... cuánto vales ...! Vales para todo, porque tú donde de asiento estás, todo lo imperfecto deja de existir; la caridad es su alimento; la fortaleza su vida; los dolores la recrean; los desprecios la deleitan; los sinsabores la alegran; y todo padecer es su gloria anticipada; de tí la tibieza huye, la ira desaparece, la gula se aleja, la avaricia no existe; la envidia muere; la soberbia ni su sombra aparece; la lujuria quedá desterrada del alma y del corazón; todo parece ya un jardín de delicias, donde la S. Trinidad se recrea, los contratiempos de la vida no la angustian, ni la pobreza la puede afligir; ni los desamparos desconfiar, ni la sequedad entibiar, ni los tratamientos del enemigo la hacen huir; ni el recuerdo de sus pecados la hacen acobardar, porque el amor cuando domina, manda e impera en el corazón, el alma vive endiosada, y puesta a la sombra y amparo de la providencia de Dios; las bondades divinas son su alimento; y nada teme ni nada busca, ni nada quiere. ¡Oh, Maestro mío inolvidable! Oh, quien me diera recorrer el mundo todo, y decir a las almas que hay en él hambrientas de conseguir la santificación de su alma, que vengan a esta escuela divina, donde se aprende el camino que a la santidad conduce y lleva. ¡Oh! ¿cómo hemos de hallar la santidad si la buscamos donde no existe...? No está donde nosotros nos imaginamos, no; está en morir uno a sí mismo, en todo y no tener vida sino en Dios; para a El sólo amar y a El sólo complacer; y todo ésto se adquiere con el propio vencimiento, y no busquéis otro camino para conseguir la santificación del alma, que no lo hay. Señor, graba en nuestra alma esta palabra del propio vencimiento, para que jamás se nos olvide, así sea.

EJERCICIO DECIMO SEGUNDO DEL SILABARIO DIVINO.

En este ejercicio se nos enseña la necesidad que tenemos de buscar un confesor sabio, y prudente, y sujetarnos a él en todo; muchas instrucciones recibimos en esta escuela acerca de ésto, porque hay mucho engaño en este particular, y para que de todo mal nos veamos siempre libres, ved lo que nos enseñan a hacer. Antes de elegir confesor,

rogar y pedir mucho al Señor; después de habérselo mucho, mucho pedido, purificar bien nuestra intención y no movernos a ir con uno, porque nos agrada, o por su natural, o por ser afable y cariñoso, o porque tiene algún alto puesto, o por algún interés, o por mira humana; si le podéis hallar que sea sabio y santo, no dudéis, elegirle, pero si no reúne las dos cosas, elegid a un sabio, porque él mejor que otro, que no lo sea, descubrirá las mañas de Satanás; mirad que finge y engaña sin ser conocido de los sencillos, y es necesario ir siempre con gente que le conozca, que es muy traidor y muy malicioso, y hay que estar muy alerta siempre; es muy sagaz para seducir, él nos estudia muy detenidamente a ver qué es lo que queremos, qué deseamos, qué pedimos, qué tenemos, a ver por qué camino andamos, y con este estudio que nos hace, si no hay discreción en nosotros, ya hará alguna que suene, que es muy sabio... que el saber no se le quitó Dios; le dejó todo el saber que le había dado, y se le dejó para más confundirle. Una vez elegido, decidle todo lo que deseáis, y sujetaros a él en todo; y no digáis luego que no os entiende, que no sabe lo que os pasa, que váis a ir a consultar con otro, porque con él no adelantáis, y otras mil... y mil cosas que os hará ver falsamente Satanás; lo que hay aquí es que empieza el amor propio a levantar la cabeza, y ¿qué debéis hacer si no queréis caer en la red satánica...? Poned vuestros ojos en el vencimiento propio, y empezaros a vencer; mientras no haya ocasión de faltar en algo a Dios, no le dejéis; si os entiende o no os entiende, no nos importa esto; porque si a Dios buscamos, a Dios hallaremos; no somos nosotros los que le hemos de dejar; Dios si nos es impedimento para adelantar, Dios que nos le dió porque nos convenía, Dios nos le quitará cuando no nos convenga, sin que nosotros hagamos cosa alguna para ello; que nada te manda, que nada te enseña, no importa; tú contradícete en todo lo que desees y segura vas, porque en vencerse uno a sí mismo o no vencerse, está el adelantar y el retrasar; que no te vences, vas atrás; que te vences, vas bien; y en esto has de conocer si atrasas o adelantas, no en que el confesor te diga o no te diga, te mande o no te mande; en la penitencia puede el confesor mandarte o no mandarte, puede obligarte a la obediencia en ésto o en aquéllo, a lo que ciegamente siempre les hemos de obedecer; pero el vencimiento en las pasiones, apetitos, y torcidas inclinaciones de la naturaleza... en esto siempre estamos haciendo lo que el confesor desea, y Dios lo quiere; no os digo más por no hacerme larga; ya sabéis lo que os quiero decir con todo; Señor ilumina nuestra inteligencia para elegir el que nos conviene; y danos tu gracia para que santamente perseveremos hasta el fin, así sea.

EJERCICIO DECIMO TERCERO DEL SILABARIO DIVINO

En este ejercicio nos enseñan el modo de orar, que no es otro que el mismo que nos enseñó nuestro divino Redentor; que siempre hemos de orar pidiendo a Dios por todos; siempre para todos quiere Dios que se extienda la caridad y amor de nuestro corazón; miremos aquel ejemplo tan admirable, y aquella lección tan divina, cuando estando clavado en la cruz, en aquella situación tan dolorosa, se olvidó de sí para acordarse de nosotros. ¡Cómo ora por todos; por todos pide! La salvación de todos desea, y con las obras nos manifiesta que así es, pues uno de los malhechores que están a su lado crucificados, le pide su salvación y al punto le contesta y dice: "Hoy estarás conmigo en el paraíso". Y apenas dió fin a su vida mortal, con El le llevó a hacer aquella visita tan consoladora a todos los que estaban, se hallaban, en el seno de Abrahán; manifestaba con obras que ardía su corazón en deseos de hacer felices y dichosos a todos; por eso les descubre su divinidad y les dá a gustar las dichas y felicidades que en sí mismo se encierran... y empezaron a gozar para nunca dejarlo en los siglos de los siglos. La manifestación de amor, mayor que otra alguna que le queramos dar, es ésta: tener los intereses suyos por propios; ya sabéis que los intereses de Jesucristo son las almas a quienes El redimió con su sangre dando por todos su vida; y ¿qué hacemos nosotros...? ¿en qué pasamos la vida? ¿qué nos entretiene y ocupa nuestras potencias, nuestra alma toda, nuestro corazón...? Una nada. Cuando debiéramos dilatarlos, si pudiéramos dilatarlos de verdad, por todos los confines de la tierra... y más allá de la tierra y de los mares, porque más allá hay seres queridos de Dios, esperando nuestras súplicas, nuestras oraciones, nuestros sacrificios, y mayores no se les podemos dar, que ofrecerlas y darlas el mismo sacrificio de Jesucristo. ¿Qué hacéis cuando váis a oír el santo sacrificio de la Misa, que no recorréis todos los ángulos del mundo para manifestar a Dios el celo que debemos tener por su gloria, y a Jesucristo el celo de sus intereses...? ¿Por qué no miramos detenidamente todos los días las misericordias que derrama sobre el mundo entero, y los beneficios y favores que a cada uno en particular concede, y viendo la ingratitud con que a Dios le damos tanto mal ... por tanto bien como el nos dispensa cada día ...? ¿por qué no le ofrecemos al eterno Padre, a su hijo Santísimo, Víctima por nosotros ... en todas las partes del mun-

do donde se sacrifica por nuestro amor en desagravio de lo que es ofendido en todo el mundo ... y en holocausto y ofrenda, se le ofrecemos también por los favores y beneficios inmensos y favores que a todo el género humano nos dispensa ...? Y después que ésto le hemos ofrecido, pedirle por el amor de su Santísimo hijo, la salvación de todos, pues por todos padeció ... y por todos dió la vida; y pedirle con todas las veras de nuestra alma y de nuestro corazón que descienda a la tierra como luz que ilumine las inteligencias ... tan oscuras hoy por el pecado y el que a oscuras anda, nada encuentra; por eso los pobres buscando la riqueza han muerto en la miseria; los ricos, buscando el aumento de sus intereses, se ven despojados de lo que ya poseían; los reyes, queriendo dilatar más ... y más, su reinado, y enriquecerlo más... y más... no vio su ruina hasta que palpó a sus pies los escombros; sin la luz divina las inteligencias no ven; para ver los ojos del cuerpo todas las cosas, tienen la luz natural y la luz artificial; para ver la inteligencia del hombre y de todo hijo de Adán ... no hay más luz para poder ver que la luz divina; si el hombre pierde esta luz, ciega queda la inteligencia; y esta ceguera nadie la puede curar con medicamentos, o con operación alguna; sólo puede recobrarla si en su corazón admite la verdad, y donde no hay verdad todo es error, y donde está el error todo es oscuridad y ceguera incurable. ¡Oh, cuántos ciegos hay por toda la redondez de la tierra ... y apenas hay quien de ellos se compadezca...! Y no es esta ceguera como la que sufren los cuerpos; ésta al que la tiene, corre peligro su alma, ¿pues por qué estamos tan indiferentes para orar ... tan tibios para pedir...? ¿Tan sin caridad de Dios para sernos tan indiferente la perdición de las almas ...? ¡Oh! no nos entretengamos en la oración en niñerías; a dos cosas importantes debemos ir a la oración: a conocernos más y más a nosotros mismos, y ver más y más nuestra poquedad, nuestra nada, y a pedir a Dios su gracia para nosotros y para todos. Para a nuestro Santo Padre, pedir a Dios luz divina, y gracias abundantes para que santamente en todo se gobierne, y gobierne y dirija con todo acierto la Santa Iglesia; para todos los prelados y sacerdotes, que el Señor les conserve intactos el corazón de toda sombra de error, y sean santos en el trato familiar que han de tener con todos, que sigan siempre la verdad que es Dios y allí a todos nos encaminen, con su ejemplo y con sus palabras y consejos; que todos consigamos el fin para que fuimos criados, no veamos indiferentes la perdición de las almas; ante este recuerdo de la perdición de una sola alma, no dejen de llorar nuestros ojos y angustiarse nuestro corazón, pues costó a Jesucristo su vida y toda su sangre, démosle

cuantas manifestaciones podamos de interés por la salvación de las almas, que a esta clase de oración aquel Santo y divino Espíritu concede ese don de oración, donde la oración de nada es interrumpida; ni con el sueño es interrumpida, siempre pidiendo, siempre orando. ¡Oh Maestro Sapiéntísimo de las almas! enséñanos a orar, para que con la oración, enseñada por tí, roguemos día y noche, sin cesar por la salvación de todos, pues por todos dio la vida nuestro divino Redentor; que tengamos el consuelo de ver que todos nos hemos salvado, para que de todos seáis alabado, bendito, glorificado y ensalzado por los siglos de los siglos, amén.

VARIANTE DEL EJERCICIO DECIMO TERCERO DE ESTE SILABARIO DIVINO.

En este ejercicio se nos enseña la necesidad que tenemos de orar; y cómo hemos de practicar este santo ejercicio; una vez que hayamos hallado faltas e imperfecciones en el examen de por la noche, hemos de irnos preparando antes de entrar en la oración por la mañana, el ir arrancando como de raíz aquellas faltas y aquellas imperfecciones que vimos en el examen de la noche; porque toda falta y toda imperfección vista en el examen y no quitada antes de empezar otro nuevo día, es lo que debilita mucho el amor de nuestro corazón; es lo que indispone nuestra alma para la acción divina; porque si nuestro dolor al ver en el examen las faltas fue verdadero, debemos de arrancarlo de nosotros por no disgustar a Dios, con nuestras faltas ni contristarle con nuestras imperfecciones; y sabiendo ya con lo que disgustamos a Dios y le contristamos, lo primero que hemos de hacer antes de que venga su visita en la oración, es disponer la voluntad con entereza y firmeza a no admitir a sabiendas cosa alguna que a Dios disguste ni contriste; esta es la mejor disposición para la oración de por la mañana; porque hecho esto, como es una manifestación a Dios que con las obras le manifestamos, el verdadero sentimiento que tuvimos en verle disgustado con las faltas que vimos en el examen, y se le demostramos con las firmes resoluciones de la voluntad que se dispone con entereza a no admitir a sabiendas cosa alguna que a Dios disguste; como Dios es tan infinitamente bueno, ¡Oh! viene a hacernos su visita, como una madre cariñosa, cuando halla apenado a su

tierno niño, que todas las manifestaciones de amor le parecen pocas para remediar su pena; así hace Dios; cuando con firme resolución nos halla de no cometer falta, ni imperfección a sabiendas cometida; y nos vé con pena de lo que vimos, nos manda como anuncios de su próxima venida, unos enternecimientos en el alma ... unas ilustraciones a la inteligencia, y entre ellas viene así como algo en secreto, unos conocimientos y noticias de El tan amorosas ... que encienden en amor el alma, y dilatan el corazón, y en esto ... ya ésta haga su visita, y con ella viene la gracia, la fortaleza, los incendios, y cuanto el alma necesita; y la es dado cuanto deseaba, cuanto quería, cuanto buscaba y cuanto apetecía; pretende hacer su oración y siente en sí ... un como traslado de potencias, y se halla sin trabajo ninguno, en cualquiera sitio de Jerusalén, viendo a Jesús en los diferentes sitios de su dolorosa pasión, aquí se vá el tiempo sin saber cuando se va; y cuando de esta oración sale el alma, no puede detenerse, se quiere dilatar por todos los confines de la tierra, y traer a los pies del divino Redentor a todas las criaturas para que todas le conozcan, y conociéndole le amen y amándole todas le alaben, le glorifiquen, le ensalcen, le reverencien, le bendigan, ahora en el tiempo y después por los siglos sin fin; y pide y ruega la salvación de todos, pues por todos dió su vida y su sangre nuestro adorable Redentor; y todo pedir, que no sea ésto, la parecen detenerse en pedir niñerías, pedir a imitación de nuestro adorable Redentor ... y orar como El oraba siempre por todos, es lo que nos enseñan e instruyen en esta escuela divina. Maestro mío inolvidable, tu gracia imploro, tu luz divina, tu fuero divino sacado del horno encendido en caridad, y abrasa con él cuantos corazones hay sobre la tierra, para que todas las inteligencias te conozcan, y todos los corazones te amen, para que todos seamos felices aquí en el tiempo, y luego en la eternidad, viendo y gozando de Aquel que siempre vivió con vida propia ... pues es vida que siempre vivió, y siempre ha de vivir por los siglos de los siglos. Gloria a El y sólo a El por ser El, el único que vive con vida propia, por ello sea alabado millones y millones de eternidades de veces, y bendito y glorificado y ensalzado.

EJERCICIO DECIMO CUARTO DE ESTE SILABARIO DIVINO.

En este ejercicio nos enseñan a que todo nuestro contento, lo pongamos en obrar a imitación de nuestro Redentor divino; sus obras

todas eran amor a su Padre celestial, pues todo lo hacía para glorificar a Dios con ello; nosotros hemos de glorificar a Dios con todo cuanto hagamos, y a Jesucristo nuestro adorable Redentor. Para glorificar a Dios hemos de recibirlo todo como venido de su mano; nos enseñan en esta escuela divina, y nos lo hacen ver con claridad y verdad, que todo lo encamina Dios a nuestro bien y provecho, y cuanto nosotros no torcemos esa dirección que Dios dá a las cosas, todas encaminadas a nuestro bien, es cuando podemos decir con verdad, que todo es para la mayor gloria de Dios; y esto no porque nuestras obras, ellas por sí solas, puedan aumentar la gloria de Dios, como sucede acá entre nosotros; que muchas veces las palabras y obras de unos redundan en alabanza, honra y gloria de otro, no; a Dios nadie se la puede aumentar, El en sí mismo tiene tal gloria que ninguno se la puede disminuir, ni aumentar; aumentársela, El sólo y nadie más; lo que hay es que como nos ama tanto ... tanto, por ese amor que nos tiene, el que redunde todo en provecho de nuestra alma, Dios se goza, se gloria en ello, y en este sentido podemos decir que sean todas nuestras acciones para la gloria de Dios; cuando redundan nuestras acciones en mayor provecho nuestro, como nos ama tanto ... tanto ... más ... y más ... en ello se gloria; y en ese sentido podemos decir que todo sea para mayor gloria de Dios; para que todas nuestras acciones sean para mayor gloria de Dios, hemos de verlo todo y recibirlo todo, como mandado por Dios; y en nuestras penas, y en nuestros contratiempos, y las deshonras, y las enfermedades, y los mandatos, las reprensiones, y cuanto nos digan y hagan las criaturas, todo ... todo ... lo veamos y lo recibamos como dispuesto, y encaminado por Dios, para nuestro provecho y bien de nuestra alma; y bien podemos decir a Dios al empezar a sufrir o a obedecer o a lo que sea: Señor, que todo lo reciba y todo lo haga de tal manera, que sea para mayor gloria vuestra; y hacerlo y recibirlo todo aunque sea lo más costoso y lo más penoso, con toda la alegría de nuestra alma, sólo porque redunden todas nuestras acciones en la mayor gloria de Dios, y así le daremos amor por amor. Para glorificar a nuestro adorable Redentor hemos de mirar sus intereses, como nuestros, y ya sabéis que los intereses de Jesucristo, divino Redentor nuestro, son las almas; pues, ¡Cuánto no debemos hacer porque las almas todas se salven y ninguna se pierda...! ¡Cuánto no hizo para que todos lográramos nuestra salvación...! Y nosotros ¿qué hacemos para lograrlo...? Gústale mucho al Señor, al mansísimo Jesús, que cuando El nos dá algún regalo, o nos le manda por algún mensajero, que agradecidos nosotros le recibamos; y mil ... y mil gracias por ello le demos. Pero con el afec-

to de todo nuestro corazón, y toda la entereza de nuestra alma, le digamos: Señor mío, mi bien y mi todo, ¡Oh! si quisieras trocar tus favores, tus consolaciones divinas, la misma gloria que me quieres dar, no me dieras de esto nada que tu gracia y tu amor me bastan; pero dame en cambio de cada consuelo que me quieres dar, de cada favor que me quieres hacer, por cada grado de gloria que me quieres aumentar, por cada manifestación de amor que me das a sentir, me dieras esas almas que tienes por esos mundos, tan débiles y sin vida y me las dieras, luz a sus inteligencias, amor a sus corazones, para tener el consuelo de verte amado, ahora en el tiempo y por toda la eternidad. ¡Oh! por el consuelo de verte de todos amado, ¡oh! yo me abrazaría a todas las penalidades que Vos tuviérais a bien enviarme; hagamos este cambio; acéptale bien mío y todo mío. ¡Oh! si yo tuviera el consuelo de veros amado de todas las criaturas... ¡Oh! ésta sería para mí, la mayor de cuantas cosas Vos me quisiérais dar; y no tendrás en la gloria después del amor cosa que más me hiciera gozar, que el verte alabado, bendito, glorificado, ensalzado, reverenciado, y amado de todas las criaturas. ¡Oh! cuando se me viene a la memoria lo que hiciste porque todos fuéramos eternamente felices... y veo la indiferencia con que los hombres miran su salvación... ¡oh! parece que de pena y sentimiento voy a perder el juicio. ¡Oh! quién me diera tener dominio sobre todos los justos de la tierra, para obligarles a todos a que sin detenerse en niñerías algunas, se ocuparan sólo de la salvación de las almas de todos e hicieran cambios con Dios, pues los acepta y le son agradables. ¡Oh! ¡quién me diera que yo pudiera amar a Dios cuanto yo pudiera amarle... para conseguir con el amor lo que mi corazón tanto ansía! Alcanzádmelo, Vos Madre dulcísima, que por este favor eternamente te estaré agradecida, y todos los que se salven te alabarán, por los siglos de los siglos, amén.

EJERCICIO DECIMO QUINTO DEL SILABARIO DIVINO.

En este ejercicio nos enseñan a hacer dos clases de examen que hemos de hacer, uno de nuestras faltas y de nuestras imperfecciones a sabiendas cometidas; de las demás aunque tenemos muchas... muchas, no se dá Dios por ofendido con ellas, porque ya sabe que de tierra fuimos formados, y la tierra siempre ha de producir de suyo,

no buenas yerbas; por esto no nos hemos de desalentar, porque ésto ya sabe Dios que es así; de lo que nos hemos de examinar y detenidamente ver, de las que hicimos a sabiendas, de éstas, sí; porque éstas le causan disgusto y desagrado, y evitarlas; otro examen hemos de hacer para caminar a la mayor perfección y que él nos dispone para la unión; este examen es sobre los frutos del Espíritu Santo, y hemos de poner de nuestra parte todo cuanto es menester, para que en nuestra alma se hallen estos doce frutos de vida eterna, en aquel como huerto cerrado que el mismo Espíritu Santo planta en nosotros; siempre ha de estar en su mayor lozanía estos exquisitos frutos; el examen que de ésto hemos de hacer, contribuye mucho a conservar el alma en sí, esa transformación que tanto la engrandece, y es como el distintivo de los discípulos de esta Escuela Divina; mirad que es cosa muy exquisita al paladar de Dios, estos frutos, y a nuestra alma de mucho engrandecimiento, y por ello los discípulos de esta Escuela nos daremos mil parabienes en las mansiones eternas.

EJERCICIO DECIMO SEXTO DEL SILABARIO DIVINO.

En este ejercicio nos hacen ver los daños que hace en el alma el desaliento; y cómo hemos de cerrarle la puerta para que en nosotros no tenga jamás cabida..... desaliento, produce en nuestra alma los efectos que causa el granizo en los árboles frutales en tiempo de primavera; a los que están..... disminuye sus frutos; y el desaliento disminuye nuestra confianza en Dios, y nos daña el corazón con la..... el alma en aridez y desolación y nos pone en un estado tan penoso, que no es vivir; es una fuerza desconocida..... centro, para impedir el desarrollo de la caridad en nuestro corazón; es parálisis general de toda el alma..... todo ejercicio espiritual; es la sal que Satanás mezcla con lo dulce de la virtud, para hacerlo todo desagradable..... camino que Satanás ha abierto para llevarnos por él a la desesperación; el desaliento..... después del pecado..... al de todos los males que nos pudieran venir; tiene su principio y raíz en la soberbia del corazón, porque la..... nos hace creer que podemos mucho, siendo así que no podemos nada, lo que

NOTA.—(Está estropeado el papel y sólo se ha podido sacar ésto).

podemos hacer sin ayuda es pecar; con Dios, con nuestro bien espiritual, con la virtud y perfección, nada podemos; somos como los tiernos niños que..... ni echar el pie un poquito adelante pueden sin la ayuda de su madre; así nosotros sin la ayuda de Dios nada..... todo; ésto por la propia experiencia nos asegura que así es, San Pablo, cuando nos dice: Todo lo..... Confirma esta verdad San Ignacio mártir, siempre estaba, como ardiendo en deseos de dar..... que le salvó de ser echado a las fieras, dice él que cayó en un gran desaliento; y..... se fue a la oración implorando la ayuda y favor de Dios, y al punto sale al encuentro..... fortaleza del león, ¿qué hubo aquí? pues hubo el hombre solo que al recuerdo..... niño sin poder paso alguno por sí sólo para ir a sufrir el martirio; y hubo el..... de su desaliento, y lleno de gracia y fortalecido con ella, sale desafiando..... decía San Pablo: Todo lo puedo en Aquel que me conforta; y pues viendo estos..... suceda, pues si está Dios esperando a que le dirijamos nuestra súplica..... condición alguna; sólo que se lo pidamos; pues ¿qué nos detiene, desconfiamos de El...? Pues ¿en qué se funda nuestra desconfianza? Si no hay padre ni más dulce, ni más amable, ni más compasivo, ni más tierno, ni..... afable, ni más bondadoso? Si es todo caridad, todo misericordia y bondad para todos, si se dá por ofendido cuando de El desconfiamos..... si se goza en nuestro bien, si se gloria en darnos sus gracias, sus dones, cuanto es y cuanto tiene, si se constrieta cuando..... de ir porque le hemos faltado, si cuando El ve que le hemos ofendido, hasta con su mirada nos quiere atraer, por..... nuestra falta sin que haya retraimiento, esta verdad, este proceder, nos lo ha confirmado con los hechos..... con aquel discípulo que le negó tres veces; qué mirada tan tierna, tan compasiva, tan amorosa no le dirigió..... no vaciló en abrigar en su corazón la esperanza del perdón, y no falló su esperanza, pues le..... la confió. ¡Oh, y a Judas! qué no hizo para atraerlo a sí, qué palabras no abrigaba en su corazón..... de lo que había hecho, si naturalmente era Jesús tan dulce que con sus palabras atraía hacia sí los corazones..... no echó mano de toda la amabilidad, y de toda la dulzura que abrigaba en su corazón amante, para..... ¡Amigo! palabra que le penetró hasta las entrañas; ¡la amabilidad de Jesucristo...! ¡Oh! si el no..... desaliento, cómo con las obras le hubiera manifestado aquella palabra de amigo que con tanta le dirigió, pero cuando resonó la dulzura y amabilidad de Jesús en sus entrañas, él..... crimen, pero en lugar de abrigar en su corazón la esperanza, cuando su..... esto Jesús le habló, él dio la mayor aco-

gida al desaliento, y con..... por ésto se contristó aquél corazón divino de nuestro amable Jesús, pues no..... puerta al desaliento para que jamás tenga cabida en nosotros, lo primero nunca descon... .. lo segundo a cudir a la Sma. Virgen; nuestra madre, que para ésto nos la dió..... damos en todo; ella nos alcanza la gracia que necesitamos para sentir y llorar..... de Dios; y recordándole la debilidad de nuestra pobre naturaleza, Dios por ella..... nunca tiene querer de castigarnos; sólo le tiene de perdonarnos con infinita de todas las madres; ¿con quién está el niño más seguro de todo peligro que con.....; a todos los sitios con ella vayamos, nunca de tal madre nos separen.....